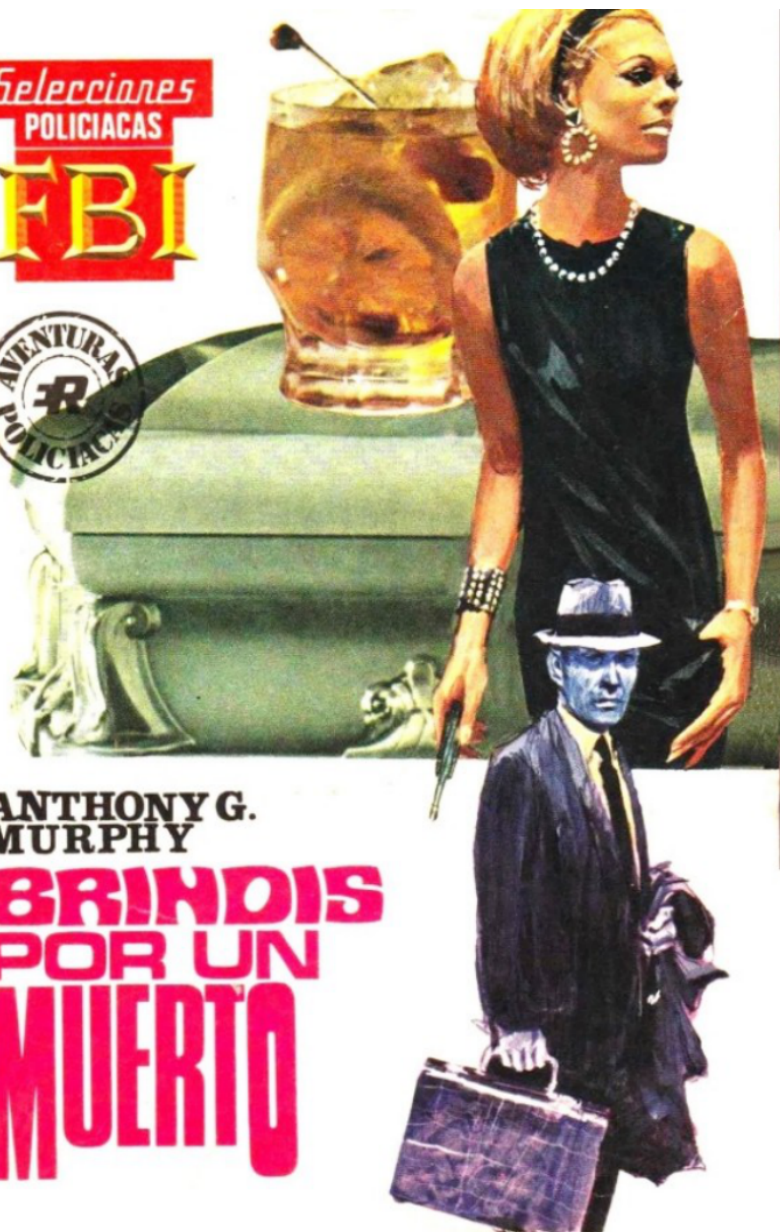


Selecciones
POLICIACAS
FBI



**ANTHONY G.
MURPHY**

**BRINDIS
POR UN
MUERTO**



SELECCIONES
DEL
F. B. I.

A. G. Murphy

BRINDIS POR
UN MUERTO

© A.G. MURPHY
Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
PINTO (Madrid)
Publicación semanal
aparece los viernes

Printed in Spain

D. L. M. 20.563 - 1972

GRAFICAS LORMO - Isabel Méndez, 15 - MADRID - 18

CAPÍTULO PRIMERO

LA cerrada niebla prestaba a toda la ciudad como un fantástico mundo de sombras. Apenas si se podían distinguir los objetos a un metro de distancia, y las luces del alumbrado público, encendidas durante todo el día, eran impotentes para taladrar la espesa bruma que parecía adherida al asfalto húmedo de las calles, a las fachadas de los edificios, al espacio mismo, convertido en un impenetrable muro.

Terrence Conway ahogó una maldición al chocar con cierto individuo, al torcer una esquina.

—Perdone —dijo el otro—. ¡Esta maldita niebla!

Conway siguió también andando, sin adoptar ninguna precaución, porque tenía prisa. No circulaban los autobuses del servicio público y eran muy pocas las personas que se atrevían a utilizar sus automóviles.

Terrence Conway suspiró y aceleró el paso. Aunque confiaba en su gran sentido de orientación, le asaltaba de cuando en cuando el temor a perderse en aquella ciudad inmensa, casi desconocida para él, donde tenía la impresión de haber penetrado en una noche sin fin y sin principio.

Terrence Conway había nacido en California y estaba acostumbrado al sol, al viento y a las noches estrelladas.

Conway había recorrido gran parte del mundo, en su calidad de agente del FBI, y en ningún sitio había experimentado la desagradable comezón de desconcierto que le causaba la capital inglesa, hundida desde que llegó en el misterio de aquella horrible niebla.

Conway atravesó por fin la calzada y continuó caminando. Un letrero luminoso, que brillaba pálidamente, le hizo sonreír, animado. Aquél era el bar donde había estado la tarde anterior.

Empujó la puerta. Al penetrar en el establecimiento parpadeó,

heridas sus pupilas por el fuerte resplandor que alumbraba el local. Un local de pequeñas dimensiones y de aspecto pobre y sucio.

—Un *whisky*, por favor —pidió Conway mientras se desabrochaba la gabardina estilo comando.

El propietario del establecimiento se puso un dedo en los labios, recomendando silencio. Conway, perplejo, esperó.

La voz del locutor daba cuenta de los últimos accidentes habidos en la City y repetía una vez más las instrucciones dictadas por las autoridades, en orden a evitar nuevas tragedias. En realidad, las instrucciones se limitaban a recomendar a los londinenses que se abstuvieran de salir de sus domicilios, salvo en casos de absoluta necesidad.

Cuando el boletín de noticias hubo concluido, el dueño del bar desconectó el aparato y se dirigió a Conway con su mejor sonrisa.

—Disculpe, señor.

—¿Puede ahora servirme el *whisky*?

—Desde luego.

Colocó un vaso sobre el mostrador y cogió una botella de la estantería.

—Cosa mala esta niebla, ¿verdad? Ya van tres muertos desde anoche. Y no sé cuántos heridos. Piernas rotas y todo eso. Es lo que yo digo. La gente no tiene prudencia. Deberían quedarse todos en sus casas.

Terrence Conway saboreó el *whisky*.

—¿Ocurre esto a menudo?

—Muy a menudo. Usted es americano, a juzgar por su acento. Allá, en su país, no tienen ustedes ninguna ciudad como Londres.

—Afortunadamente.

El inglés enrojeció. Era un hombre como de cincuenta años, grueso y bastante calvo.

—Me refería a la niebla señor. Londres posee también muchos atractivos.

Conway sonrió.

Dejó un billete sobre el mostrador, esperó a que le dieran el cambio y se fue, abrochándose de nuevo la gabardina. Había perdido unos minutos, pero no tenía importancia.

Conway llevaba en Londres una semana. Cuando llegó ya había niebla, aunque no tan espesa. A medida que habían pasado los días,

fue haciéndose más densa hasta convertirse aquella tarde en una especie de oscuro telón sin fin. El clásico «puré de guisantes».

Poco después llegó a la casa a que se dirigía, habitada por Thomas Sedler. Éste era un hombre extraño, difícil de clasificar. Tenía aspecto de granuja y, sin embargo, su modo de hablar, sus ademanes, parecían los de un gran señor. Sin duda había recibido una esmerada educación. Era evidente que existía algo noble en su pasado.

A Conway le inspiraban lástima los tipos como Sedler. Hombres hundidos en una vida indigna por causas quizá ajenas a ellos mismos. Y Sedler, con sus sesenta y tantos años, no era probable que pudiese cambiar.

Terrence Conway subió las mal iluminadas escaleras y llamó con los nudillos en la puerta del segundo piso, que carecía de timbre. Transcurrieron unos minutos sin que respirara nadie. Un poco extrañado, el agente del FBI repitió la llamada con el mismo resultado negativo.

—¡Maldito viejo! —Monologó—. Seguro que estará borracho.

La puerta no ofrecía muchas dificultades y Terrence Conway no era hombre que se detuviera ante ningún obstáculo. Sacó del bolsillo una ganzúa y hurgó con ella unos momentos en la cerradura, que cedió con metálico chasquido.

Conway pasó al vestíbulo, encendió la luz y cerró a sus espaldas.

En la vivienda de Thomas Sedler todo era sucio. El agente del FBI avanzó por el pasillo y penetró en la primera habitación de la izquierda. Se trataba de un comedor y Sedler estaba de bruces sobre la mesa, inmóvil, con la mano derecha extendida, muy cerca de un botella vacía.

—Lo que me imaginaba —murmuró Conway.

Situándose junto a Sedler le agarró por los blancos cabellos y le obligó a levantar la cabeza.

El viejo borracho abrió los ojos y miró estúpidamente a su visitante.

—Quedamos en que me esperaba sereno.

—Se ha... retrasado —disculpóse Sedler con voz pastosa.

Terrence Conway tomó asiento frente a Sedler y encendió un cigarrillo.

—Hable, viejo.

—Ahí dentro tengo otra botella. Si tomara un traguito...

—Ni una gota. Hable primero y beberá después cuánto desee. ¿Averiguó algo o ha estado todo el tiempo borracho?

El rostro de Thomas Sedler se animó con una sonrisa de orgullo y satisfacción.

—Yo siempre averiguo lo que me propongo, joven. En ciertos ambientes, se entiende.

El agente especial suspiró y se dispuso a escuchar un largo discurso. Conocía a Sedler desde muy pocos días antes, pero había calado hondo en su psicología. No obstante, por si conseguía detener su verborrea, apremió:

—Procure ser breve.

—Intentaré complacerle. No es mi estilo, desde luego, porque pertenezco a una generación que en muchos aspectos, y sobre todo intelectualmente, está muy por encima de la de ustedes.

—De acuerdo, viejo. Es un error grave, pero no tiene remedio. El mundo está montado ahora de otra manera. Ésta es la era del espacio, no lo olvidemos.

—Todos los jóvenes tienen prisa hoy en día y, si son yanquis, más que ninguno.

Sedler hizo una pausa y dirigió una triste y significativa mirada al aparador donde guardaba la bebida.

—André Leducq es su nombre —dijo de pronto.

El agente especial no se mostró exageradamente convencido. Había oído hablar de André Leducq. Se trataba de un individuo capaz de las empresas más arriesgadas. Maestro de espías, era a la vez un discípulo aventajado de las escuelas más modernas del terrorismo y la subversión. En Washington, D F., el Federal Bureau había interceptado un mensaje en clave dirigido a ciertos individuos capaces de vender a su madre por dinero. Se les vigiló durante algún tiempo llegándose a la conclusión de que eran simples comparsas.

Entonces el viejo Hoover decidió enviar a Londres, lugar de donde había partido el mensaje, a Terrence Conway, uno de los más inteligentes agentes especiales, con la esperanza de que entrara en contacto con alguien que pudiera llevarles dando aquel tremendo rodeo, a descubrir a los peces gordos. Terrence Conway no había desperdiciado más que una semana y Thomas Sedler acababa de

indicarle una pista. Naturalmente, iba a costar al erario público unos cuantos dólares, pero al parecer, valía la pena.

—¿Está seguro de lo que afirma, Sedler?

—Por supuesto que sí. No acostumbro a equivocarme.

—¿Pero cómo sabré que no me engaña?

—Eso es cosa suya, muchacho. Yo no puedo ofrecerle más pruebas que mi palabra. La palabra de Thomas Sedler. En otros tiempos tenía su valor...; pero ahora no vale gran cosa. De cualquier forma, yo no vacilaría.

Co... way tampoco vaciló. En realidad, no estaba en situación de hacerlo. Cualquier cosa era buena para empezar. Extrajo del bolsillo un grueso fajo de billetes y empezó a contar parsimoniosamente. Los ojos del viejo brillaron de codicia.

—Todavía no le he dicho todo, joven. Leducq embarcará mañana en Dover, con dirección a París.

Añadió unas cuantas libras más a las que ya tenía preparadas y se las entregó a Sedler.

—El transbordador en que Leducq piensa hacer la travesía sale a las diez de la mañana.

—Magnífico, viejo. ¿Algo más?

—Sólo un consejo. Si decide seguir a Leducq, tenga cuidado.

—¿Cómo sabe...?

El viejo se encogió de hombros.

—Yo no sé nada ni quiero saberlo. Pero tengo una cabeza sobre los hombros y la he usado siempre para discurrir. Buena suerte, muchacho.

—Gracias.

Conway salió de la estancia y empezó a bajar las escaleras rápidamente. Minutos después se perdía de nuevo entre la niebla.

II

UN hombre llamado Henry Tessier, que regentaba una taberna y restaurante en el barrio parisino de Montparnasse, recibió ciertas órdenes. Si se las hubiera, transmitido directamente el propio De Gaulle, no les hubiera acatado con mayor disciplina.

En realidad, aquella vez no eran muy difíciles de cumplir, puesto que se limitaban a facilitar alojamiento a un tal André Leducq, al día siguiente, y ponerse en contacto con determinados individuos que acostumbraban a reunirse en el establecimiento.

Después de haber mirado cautelosamente en torno suyo desde el umbral, André Leducq avanzó despacio hacia el mostrador. A aquella hora la taberna se encontraba muy concurrida y Tessier pensó que a su visitante iba a costarle trabajo encontrar la ocasión para hablar con él a solas.

André Leducq encendió un cigarrillo y esperó con calma a que le dejaran un hueco libre. Cuando lo hubo conseguido, apoyóse en la descolorida madera del mostrador. Tessier se le acercó al cabo de un rato.

—¿Qué va a tomar?

—Pernod.

—El Pernod es famoso en todo el mundo.

La aclaración del recién llegado podría parecer una tontería, pero no lo era. Se trataba, simplemente, de la contraseña convenida. Desde aquel instante supo Tessier que no se había equivocado al identificar de modo instintivo a Leducq. Le sirvió lo pedido y se desentendió en seguida, al menos aparentemente, de él.

André Leducq apuró su bebida muy despacio, mientras contemplaba el espacioso local, donde la atmósfera era densa y pesada, casi irrespirable.

André Leducq pagó el Pernod y dirigióse a la puerta que daba acceso al comedor. Allí no había tanto público, por lo que la

atmósfera no estaba tan cargada. De las ocho mesas, sólo se hallaban ocupadas tres.

Apenas Leducq, después de dejar en la percha el abrigo, tomó asiento, le fue presentada la carta por una camarera rubia y joven, cuya insinuante sonrisa no pareció impresionar lo más mínimo al que, utilizando el menor número posible de palabras, encargó una cena más bien parca. Tampoco se molestó en admirar el bien torneado cuerpo y las impresionantes pantorrillas de la camarera cuando ésta se retiraba para ir a la cocina. Un hombre algo raro, desde luego, aquel Leducq.

Cenó calmosamente y luego pidió café y una copa de coñac. Era un exceso, casi una muestra de inútil sibaritismo burgués, pero de algún modo tenía que justificar su permanencia en el comedor.

Se marcharon unos comensales, llegaron otros, y Leducq continuaba allí, totalmente impasible, fumando cigarrillos. Se había bebido el café, pero el coñac continuaba intacto en la copa.

No quedaba ya nadie en el comedor, aparte de Leducq, cuando entró Henry Tessier, ocupando un asiento frente a su visitante.

—Supongo que eres Leducq. Siento haberte hecho esperar tanto.

Leducq sacó una cartera y de ella una tarjeta que mostró a Tessier.

—En efecto, soy André Leducq.

—Tienes ya preparada la habitación. Cuando quieras retirarte a descansar, avísame. Yo aún tengo para rato en la taberna.

—He dejado mi equipaje en la consigna de la estación. Envía a recogerlo cuando puedas. Aquí tienes el talón.

—¿Deseas algo más?

—Cita a la gente para mañana por la noche.

—De acuerdo.

Tessier se puso en pie y abandonó el comedor. A las once en punto se retiró André Leducq a su cuarto, en el piso de encima.

Al día siguiente, el tabernero envió a un mozo con las maletas que el propio Tessier subió a la habitación. Llamó a la puerta con los nudillos.

—¿Se puede?

—Adelante.

Leducq no se había levantado.

—Estaba muy cansado y falto de sueño —se disculpó—. Además,

como no tenía nada urgente que hacer... De todas maneras, necesitaba mi equipaje para asearme. Gracias.

El tabernero dejó las maletas en el suelo.

—¿Quieres que te suban el desayuno?

Formuló la pregunta en un tono natural, sin un solo adarme de ironía. Sin embargo, Leducq le miró con suspicacia.

—No, gracias. Ya es muy tarde. Bajaré a comer en cuanto me arregle.

Tessier salió del cuarto. No volvió a ver a su huésped hasta que bajó a almorzar alrededor de la una. Después de comer, Leducq se marchó a la calle sin dar explicaciones y regresó anochecido subiendo directamente a su habitación, donde estuvo media hora. Luego cenó con la misma sobriedad de la noche anterior.

La taberna se cerraba muy tarde. Pasadas algunas horas se habían retirado casi todos los sirvientes de Tessier y la mayoría de los parroquianos. Leducq esperaba sólo en el comedor fumando cigarrillo tras cigarrillo. Miró Tessier uno por uno a los cuatro hombres que permanecían en el establecimiento. Debieran ser sólo tres y, por consiguiente, sobraba uno.

El cuarto era un sujeto bien parecido, de cabello rubio oscuro, vestido con un traje gris muy deteriorado y camisa de cuadros rojos y verdes, *sir* corbata. Llevaba sobre los hombros una trinchera llena de manchas y estaba en una de las mesas, canturreando entre dientes. La botella que tenía a su alcance no se hallaba vacía del todo.

Se aproximó a él Henry Tessier, informando amablemente:

—Vamos a cerrar, señor.

El sujeto miró al tabernero como si no le hubiera entendido e inquirió en correcto francés:

—¿Qué ha dicho?

—Que vamos a cerrar. Si quiere hacer el favor...

—Desde luego. Déjeme acabar la botella y en seguida me largo.

Tessier esperó a que su cliente se bebiera parsimoniosamente el resto del vino. En ocasiones era preferible tener un poco de paciencia con los borrachos y así se evitaban inconvenientes. Aquel tipo podía ponerse pesado si trataba de hacerle marchar en el acto.

Los otros tres parroquianos se levantaron y empezaron a ponerse los abrigos, como si fueran a marcharse. El que sobraba terminó su

bebida y se puso en pie trabajosamente.

—Buenas noches —dijo.

Se encaminó a la puerta mientras se ponía la trinchera. Los demás, cuando se hubo marchado, volvieron a quitarse los abrigos.

En la calle, Terrence Conway cruzó de acera con paso vacilante. Aunque no era probable, podía suceder que le estuvieran observando. Volvió la cabeza al cabo de un rato y vio cómo bajaban los cierres metálicos de la taberna, sin que ninguno de los otros tres individuos hubiera salido.

Esperó unos minutos y luego retrocedió. Su paso era ya completamente normal.

La noche era muy oscura y en el patio se veían sombras imprecisas e inmóviles. La ventana que daba a la taberna de Tessier debía tener cerrados los postigos, porque únicamente surgían de ella pequeñas rendijas de luz que ponían pálidos reflejos en el suelo enlosado del patio.

Un perro aulló largamente, no lejos de allí.

Conway aguardó unos minutos hasta que sus ojos se habituaron a la penumbra, porque no se atrevía a encender la linterna eléctrica y tenía miedo de tropezarse con algo, delatando su presencia.

Avanzó cautelosamente, con todos sus sentidos alerta y los nervios en tensión, y llegó junto a la ventana. Aguzó el oído. De momento no pudo percibir más que un rumor que parecía muy lejano, pero, poco a poco, fue captando algunas palabras sueltas.

Reconoció la voz de Henry Tessier. Luego hablaron otros. No le era posible escuchar el diálogo completo, pero sí algunas frases muy significativas que le hicieron sonreír. En el fondo, Terrence Conway era vanidoso y siempre que conseguía algo difícil, se sentía feliz.

No necesitaba forzar la puerta para entrar en la casa, puesto que oía desde allí lo suficiente. Permaneció más de media hora agachado junto a la ventana, que se abría casi al ras del suelo. Sin hacer un solo movimiento, sin fumar un cigarrillo. Sin apenas respirar.

Cuando comprendió que iba a disolverse la reunión, no perdió tiempo. No tenía ningún interés en que le sorprendieran en la calle.

Abandonando su incómoda postura, cruzó de nuevo el patio, sigilosamente, se encaminó a lo alto del muro y saltó a la acera, alejándose a toda prisa. Aún pudo percibir, antes de desaparecer, el

ruido del cierre al ser levantado. Los hombres que habían conferenciado con André Leducq se marchaban.

Terry Conway siguió caminando.

Encontró un taxi y le ordenó:

—Al hotel Eduardo VII.

Durmió hasta bien entrada la mañana y luego cursó un cablegrama dirigido a Washington.

III

EL inspector jefe Maloney del FBI carraspeó, encendió un cigarrillo y fumó unos segundos en silencio. Sus ojos miraban alternativamente a los cuatro hombres que estaban sentados frente a él, al otro lado de la mesa.

Los conocía muy bien y podía adivinar fácilmente las reacciones de todos ellos. No dejaba de ser curioso que los cuatro, tan distinguidos entre sí, pareciesen experimentar en aquellos momentos análogas sensaciones. Era un fenómeno de rencor colectivo y por eso suponía cuáles iban a ser las respuestas.

Jack Lovelace, alto y espigado, de ojos azules y cabello rubio, vestido con cuidadosa elegancia, parecía muy entretenido en la contemplación de la lámpara de bronce que iluminaba el despacho.

Lovelace era un experto en psicología. Sabía tratar a cada persona de la forma más conveniente. Hablaba bien e infundía confianza. No en balde habíase preparado durante mucho tiempo para la carrera diplomática.

A su lado, Andy Fergusson, de estatura corriente, delgado, siempre irascible, se removía nervioso en el asiento. En opinión del inspector-jefe, la astucia era la cualidad más acusada de Fergusson.

Luego venía Elmer Broderick, un tipo corpulento de nariz aplastada, labios gruesos y expresión ingenua y aniñada. Era el individuo ideal para la acción, lo cual no suponía ni mucho menos que estuviera mal dotado de inteligencia.

El cuarto hombre se llamaba Gregory Ames. Tenía veintisiete años, era alto, musculoso y bien parecido, aunque de expresión sombría. Vestía bien, pero con descuido. Era el único de los cuatro cuyos ojos, de suave color pardo, no eludían, la mirada de Maloney.

—Creo, muchachos, haber expuesto el asunto con suficiente claridad para que me contesten.

Al ver que ninguno de sus interlocutores pronunciaba palabra,

continuó:

—Si desean alguna aclaración sobre cualquier extremo estoy a su disposición.

Lovelace siguió contemplando la lámpara de bronce. Fergusson cambió de postura. Broderick chupó de nuevo, fuertemente, el puro. Ames encendió un cigarrillo.

—Bien, muchachos. En mi deseo de que las cosas se desarrollen con facilidad y a gusto de todos, voy a extremar, excepcionalmente, las concesiones. Haré preguntas directas.

Los cuatro agentes especiales continuaron callados.

—Empecemos por usted, Fergusson, puesto que es el más veterano. Mi pregunta se refiere exclusivamente a si desea trabajar en este caso con Terrence Conway.

Andy Fergusson vaciló unos segundos. En seguida, con entonación firme, respondió:

—No, señor.

—De acuerdo. No insistiré. Conteste usted ahora, Broderick.

—Tampoco, señor.

—¿Ames?

—Antes prefiero trabajar con un leproso.

—¿Lovelace?

El nombrado se limitó a mover lentamente la cabeza en sentido negativo.

La mirada de Maloney se endureció súbitamente.

—Al menos han sido ustedes sinceros conmigo. Yo imaginaba que sucedería algo parecido. Por eso he querido consultarles. Ahora bien... Las cuestiones personales deben quedar al margen del servicio. Por tanto, después de las explicaciones de rigor, me veré obligado a dar una orden. Uno de ustedes cuatro tiene que ayudar a Conway.

—Un momento —intervino Broderick—. Si me elige a mí, pediré la baja del FBI.

—Excelente idea. ¿Hay alguno más que quiera hablar?

—Permítame, señor —intervino de pronto Lovelace—. ¿Por qué ha de ser precisamente uno de nosotros?

—Sé dónde quiere ir a parar, Lovelace, y satisfaré su curiosidad. Cualquiera de ustedes cuatro merecen toda mi confianza. ¿No creen que es bastante?

—Suficiente, señor. En este caso, ¿por qué no prescindir de Conway?

—Imposible. El ha iniciado el asunto y lo conoce a fondo. Lo siento.

Hubo un nuevo silencio, roto al cabo por el inspector-jefe.

—La cosa es grave. El FBI no puede estar a expensas del odio que ustedes, justificado o no, sienten por Terrence Conway. Todo eso es muy desagradable y me veré obligado a dar cuenta a Hoover. Si la cosa admitiese demora, trataría, aun en contra de mis convicciones, de buscar otro. Sin embargo... no hay otra solución. Uno de ustedes, fíjense bien, saldrá mañana mismo hacia París a reunirse con Conway.

El silencio se volvió ahora tenso, dramático. Cada uno de los interlocutores del inspector-jefe sentía sobre sí la responsabilidad de algo que no les gustaba en absoluto.

—Agotemos las posibilidades pacíficas, muchachos —prosiguió Maloney—. Conocida la actitud de Broderick, deben decidir los otros tres. ¿Cuál de ustedes es el que tiene menos motivos para sentirse ofendido con Conway?

No hubo respuesta.

Alguien llamó a la puerta del despacho con los nudillos, pero Maloney negó la entrada al intruso. Los golpes cesaron inmediatamente y quien quiera que fuese se alejó.

Cinco minutos. Maloney levantó el puño derecho dispuesto a descargarlo sobre la mesa. No llegó a hacerlo. En aquel instante se puso en pie Jack Lovelace. Elegante y frío, como siempre. Con voz pausada y serena, declaró:

—Tengo tantos motivos o más que mis compañeros para estar ofendido con Terry. Sin embargo acepto colaborar con él. Me agrada regresar a Europa.

Dejó de hablar unos segundos, miró uno por uno a todos los demás y luego se dirigió a Maloney.

—¿Cuándo debo partir?

—He dicho que mañana mismo. Pero en seguida le daré instrucciones. Ustedes, muchachos, pueden retirarse. Olvidaré lo que ha ocurrido aquí.

Gregory Ames y Elmer Broderick fueron los primeros en marcharse. Andy Fergusson se volvió desde la puerta con aire

indeciso, como si se dispusiese a decir algo, pero debió de pensarlo mejor y se limitó a murmurar:

—Buenas noches.

Cuando la puerta se hubo cerrado tras él, Maloney ofreció a Lovelace de fumar.

—Síntese —dijo luego—, y lea este informe.

Jack Lovelace examinó detenidamente los dos folios mecanografiados.

—Enterado, señor.

—Bien. Prepare sus cosas. Tomará el avión de París, mañana. Alójese en el hotel Eduardo VII. Allí está Conway. Confío en que podrán soportarse mutuamente.

—Nos soportaremos, señor. El deber es el deber.

—No sabe cuánto me disgustan estas disensiones entre ustedes cinco.

—Tranquilícese, señor. Existe en el FBI un gran compañerismo. Sólo Terrence Conway es la excepción. No se trata solamente de Broderick, de Fergusson, de Ames o de mí. Pocos agentes especiales le tienen afecto a Terry. Ésa es la verdad.

—¿Por qué, Jack?

—No haga preguntas ingenuas, señor. Nosotros cuatro tenemos motivos muy concretos para... Iba a decir para odiarle, pero quizá la palabra sea un poco fuerte. Digamos que para no sentir estimación por él. Usted conoce las causas tan bien como nosotros.

—Cierto. ¿Y no se les ha ocurrido nunca pensar que ustedes, todos ustedes, están cometiendo una injusticia con ese muchacho?

—No. En absoluto, señor. Si no le importa, prefiero no hablar de ello. Me consta que usted considera a Terrence Conway como el mejor, el más valiente y el más sagaz de cuántos componemos la plantilla del FBI.

—Es que —dijo lentamente Maloney—, por el momento es el mejor.

Jack Lovelace no replicó. Aquella larga conversación parecía aburrirle. El tenía sus motivos para pensar como pensaba y los demás también. Poco se le daba del parecer de Maloney. Éste abrió uno de los cajones de la mesa y extrajo un grueso fajo de billetes que entregó al elegante agente especial.

—No escatimen gastos, Lovelace. El asunto vale la pena. La

mitad de este dinero es para Conway. Debe de estar ya sin un centavo. Buena suerte, muchacho.

Jack Lovelace estrechó la mano de su jefe y abandonó el despacho.

IV

EL saludo que, en su confortable habitación del hotel Eduardo VII, dirigió Terrence Conway a Jack Lovelace no fue precisamente un modelo de cordialidad.

—Vaya —dijo—. Has venido tú. ¿No podían haber enviado otro cualquiera?

Lovelace dominó su impulso de contestar en forma adecuada a Terrence Conway. Su compañero continuó haciéndose tranquilamente el nudo de la corbata.

Jack Lovelace, al salir de Washington, se había hecho el firme propósito de adoptar, respecto a Conway, una actitud de absoluta calma. Por eso, sin alterarse, replicó:

—No podían mandar a otro, desgraciadamente. Sólo estábamos disponibles Fergusson, Ames, Broderick y yo.

—Un póquer encantador, muchacho. ¿Tuvisteis que echarlo a suertes para ver cuál de los cuatro venía a reunirse conmigo?

—No hizo falta. Cuando el jefe recibió tu llamada, celebramos una conferencia y yo me ofrecí voluntario. Me encanta París.

—A mí también. Es raro que tú y yo coincidamos en algo. ¿Has tomado habitación en este hotel?

—Ocupo la cuatrocientos quince, en el piso de encima. No había otra disponible más cercana a la tuya.

—Si estás dispuesto, podemos bajar al comedor. Tengo un hambre feroz y la cocina francesa me encanta.

—Cuando quieras.

Jack Lovelace y su compañero salieron de la habitación de éste y descendieron al vestíbulo.

—¿Tomamos un cóctel antes de comer? —propuso Lovelace—. Paga el Tío Sam.

—Menos mal. Mi bolsa está casi exhausta. En Londres tuve que pagarle a un tipo... Bueno... Ya te contaré después. Cada cosa a su

tiempo.

Pasaron al bar y tomaron asiento en sendos taburetes, frente a la barra. Lovelace pidió un Martini y Conway un *whisky* solo.

—¿Cómo andan las cosas por allá? —preguntó Conway, después de haber saboreado un trago de *whisky*.

—Bien, pero creo que, por el momento, interesan más las de acá.

—No te preocupes, muchacho. Van estupendamente.

En Terrence Conway era clásico expresarse optimistamente, restando importancia a los asuntos más serios. En el fondo, aquél era un modo indirecto de darse importancia. Añadió:

—Hablaremos luego. En cuanto hayamos comido. Otro *whisky* y otro Martini, camarero.

Una rubia esplendorosa avanzaba hacia el mostrador. Los dos la vieron al mismo tiempo a través del espejo que tenían delante, y giraron en sus respectivas banquetas. Terrence Conway dijo en voz baja:

—Quinientos francos a que se sienta junto a mí.

Lovelace no contestó. La rubia, en efecto, ocupó la banqueta próxima a la de Conway. Lo mismo hubiera podido ocupar la que estaba al lado de Lovelace, vacía también. Pero a Terrence Conway le ocurrían siempre aquellas cosas.

Entabló conversación con la rubia inmediatamente. Se veía con claridad que ella era una muchacha honesta, de buena posición. No había en su persona nada de equívoco y, sin embargo, aceptó sin vacilar el diálogo con Conway. Cuando se lo proponía, y con las mujeres solía proponérselo siempre, sabía sonreír y mostrarse cortés y arrolladoramente simpático.

Jack Lovelace, con un suspiro, empezó a beber el segundo Martini, mientras su compañero y la rubia hablaban de cosas insustanciales. La oyó decir a ella:

—No parece usted americano. Habla francés muy bien.

—Yo todo lo hago bien. ¿Ha estado alguna vez en los Estados Unidos?

—Hace un par de años, pero mi estancia duró pocos días.

Lovelace no pudo aguantar más.

—Te recuerdo que es la hora de comer y tenemos prisa.

—Teníamos prisa —contestó Conway.

Se despidieron, al cabo, de la rubia, y se trasladaron al comedor.

Hablaron poco durante el almuerzo. Fiel a su propósito de no chocar con su compañero, Lovelace dejó a Conway la iniciativa de la conversación.

Después de comer subieron al cuarto de Conway, el cual ordenó que les sirvieran allí el café y los licores. Encendió un habano y se retrepó cómodamente en su asiento.

—Tu misión, Jackie, por el momento, es sencilla. He averiguado bastantes cosas y estoy sobre la buena pista.

—Lo extraño hubiera sido lo contrario.

—Déjate de ironías y escucha. Irás hoy mismo a El Havre. Hay allí anclado un mercante norteamericano, el «Albany», que zarpará dentro de poco hacia los Estados. Alguien va a tratar con el capitán para que, mediante una fuerte recompensa en metálico consienta en llevar a bordo a un tal André Leducq. Es nuestro hombre. Éste tiene el proyecto de desembarcar allá. ¿Vas comprendiendo?

—No gran cosa, la verdad.

—Entrevístate con el capitán del «Albany» y convéncele para que no oponga dificultades a Leducq. Si te parece hombre de confianza, quizás convenga decirle la verdad. Que pertenecemos al FBI y todo eso.

—Muy bien. ¿Qué más?

—Es importante que el capitán cobre lo que le ofrezcan para no levantar recelos. Y es importante también, por igual razón, que, durante la travesía, trate a Leducq con toda naturalidad.

—Todo eso, en efecto, parece sencillo.

—El destino de André Leducq es Filadelfia. No hay que ponerle impedimentos. Volveré a cablegrafiar al jefe para que lance a algunos hombres sobre su pista y le sigan a todas partes. Convendrá que la Policía del puerto esté también advertida.

—Entendido. Una vez que zarpe el «Albany» con Leducq a bordo, ¿qué haremos tú y yo?

—Podemos hacer dos cosas. Largarnos en el primer avión y esperar en América la llegada del barco para tomar parte en el juego, que será divertido, o continuar aquí investigando. Hay mucha gente complicada en el asunto de Leducq.

—No creo que nos interesen los de aquí.

—Tal vez sí. El caso es bastante serio.

Conway bebió un sorbo de coñac y sonrió ampliamente. Jack

Lovelace le imitó en ambas cosas. Aquello era muy propio de Conway. Siempre estaba intentando dar lecciones a todo el mundo.

—En fin —prosiguió Conway, de momento, debemos circunscribirnos a Leducq. Yo me encargaré de su vigilancia. Tú visitarás al capitán del «Albany». Después, que decidan los privilegiados cerebros del Departamento de Defensa.

—Generalmente decides por cuenta propia. ¿Acaso estás perdiendo facultades, Terry?

—No, Jackie. Realmente me siento en forma.

Pero algo hay que dejar a Maloney y los demás. Los pobres han de justificar su sueldo.

Jack Lovelace se puso en pie.

—Saldré para El Havre en seguida y hablaré con el capitán del barco. Esperamos que acceda.

—«Tiene» que acceder, muchacho. ¿Deseas alguna otra aclaración?

—Me parece que queda un punto en el aire. ¿No puede Leducq cambiar sus planes y decidir desembarcarse en otro lugar de la ruta para seguir desde allí a los Estados Unidos?

—Imposible. El «Albany» ha venido con un cargamento de algodón. Vuelve en lastre y su travesía es directa. Sólo tocará en Nueva York y luego en Filadelfia. Como Leducq va a esta ciudad, es natural que desembarque allí. De todas formas, advertiremos a Maloney que tenga también algunos muchachos en Nueva York por si acaso.

—Te informaré del resultado de mi gestión.

—Si no me encuentras en el hotel cuando vuelvas, espera mis noticias. Voy a ir a echar un vistazo a la taberna de Tessier. Es donde se hospeda André Leducq.

Jack Lovelace salió del cuarto. Terrence Conway se echó en la cama y durmió apaciblemente un par de horas.

Al declinar la tarde, Conway abandonó el hotel.

Terrence Conway tomó un taxi en la misma avenida de la Opera, donde se hallaba situado el Eduardo VII. Era lamentable estar en París y no poder disfrutar de sus muchos atractivos.

El taxi cruzó el Sena por el puente Real. Conway, pensativo, observó el inquieto reflejo de las luces sobre las oscuras aguas del río. Una vaga sonrisa animó su semblante al recordar a Jack

Lovelace.

El era un hombre de lucha, enamorado de su profesión, y jamás solía retroceder ante ningún obstáculo, fuese de la clase que fuese. Era capaz de arrollar a quien se le pusiera por delante, con tal de alcanzar sus objetivos. Los sentimentalismos, en su opinión, constituían un lastre del que había que desprenderse en determinadas circunstancias.

El automóvil descendió por la rue Du Bac, enfilando luego el bulevar Saint Germain.

Había sido una divertida coincidencia que cuando él solicitó que enviaran otro agente en su ayuda únicamente estuviesen disponibles los cuatro que le distinguían con su enemistad más profunda. Trató de imaginarse la escena, allá en Washington, en el despacho del inspector jefe Maloney.

Le hubiera gustado poder asistir por medio de la televisión a la escena que trataba de reconstruir en su cerebro. Maloney, desde luego, debió de pasar un mal rato.

V

ANDRE Ludocq comía parsimoniosamente. La muchacha que atendía el comedor había desistido ya de mostrarse amable con aquel huésped extraño, en cuyo rostro no había sorprendido en ningún momento ni un átomo de sonrisa.

Afuera, en la taberna propiamente dicha, Terrence Conway bebió su segunda cerveza de la noche y se limpió los labios con el dorso de la mano. Tenía hambre, pero no consideró prudente entrar en el comedor, donde Leducq podría contemplarle a su sabor durante largo rato.

Había seguido al misterioso personaje desde Londres a Dover, luego en el transbordador en que efectuaron la travesía hasta Calais, y más tarde desde Calais a París, otra vez en tren, como desde Londres a Dover. Aunque estaba casi seguro de que Leducq no se había fijado en él, era necesario extremar las precauciones.

Tampoco se decidió a abandonar la vigilancia y regresar al Eduardo VII a almorzar. Había visto un turismo de alquiler estacionado a la puerta y temió que Leducq se evaporase. Según sabía por Lovelace, que había vuelto ya de hablar con el capitán del «Albany», el barco no salía hasta el día siguiente, pero, al parecer, Leducq pensaba abandonar París aquella misma tarde.

No se equivocó en sus suposiciones. En cuanto acabó de comer, André Leducq, con una maleta en cada mano, abandonó la taberna.

Conway, sin moverse de su sitio en el mostrador, comprobó a través de la ventana que Leducq subía al coche de alquiler. Aguardó hasta que el auto hubo arrancado y telefoneó al hotel, pero allí le dijeron que Lovelace había salido.

Previendo la súbita marcha de su perseguido, Conway había alquilado también, sin chófer, otro automóvil. Lo tenía estacionado dos casas más arriba. Esperó unos minutos y se dirigió al vehículo. Ya comunicaría con Lovelace después para ponerle en antecedentes

de su partida.

El coche que conducía Conway era un Citroen, 15 ligero. El mecánico que se lo alquiló le había dado algunas instrucciones sobre su manejo, asegurando, bajo la condescendiente y escéptica sonrisa del agente especial, que era uno de los coches más rápidos del mundo.

Veinte kilómetros más adelante divisó el turismo en el que viajaba André Leducq. No era probable que éste cambiara de itinerario, y Conway, bastante entendido en automóviles, se había familiarizado ya con el Citroen y avanzaba a gran velocidad, aunque sin atreverse a sacarle el máximo rendimiento, porque ya impresionaba bastante marchar a ciento treinta por hora.

Llegó a Rouen a las cuatro y veinte. Cubrió los ciento veintitrés kilómetros que separan ambas ciudades en una hora y diez minutos escasos.

Frenó ante un restaurante que había en la carretera, junto a dos camiones de gran tonelaje y varios turismos y motocicletas allí estacionados. Calculó que debía de haber sacado a Leducq una media hora de ventaja, lo que le permitía tener tiempo para comer.

El ambiente del restaurante era cálido y acogedor. Había allí unas quince o veinte personas, sin duda los ocupantes de los vehículos que esperaban a la puerta.

Primero fue al teléfono y pidió conferencia con París. Como le informaron que había cuarenta minutos de demora, desistió de hablar con su compañero.

Ocupó una banqueta ante la barra, desde donde veía perfectamente la carretera y encargó huevos fritos, salchichas y cerveza.

Dio cuenta rápidamente del almuerzo y poco después advirtió la llegada del coche de Leducq. Extrañado, observó que el vehículo se detenía. Abonó el importe y dirigióse a la salida. Se encontró en el umbral con su perseguido, que entraba. Por un momento, sus miradas se cruzaron.

El agente especial se dirigió a su automóvil con la mayor naturalidad, comprobando que el conductor del «Renault» no se había movido del volante. Esto le hizo suponer que Leducq había parado para tomar café o algo por el estilo y que reanudaría la marcha no tardando.

Terrence Conway enfiló la carretera a toda velocidad y pasado Rouen, frenó y apeóse del coche. Buscó en la caja de las herramientas un gato, levantó la rueda trasera del lado derecho y encendió un cigarrillo.

Mientras esperaba tranquilamente, cruzaron algunos coches en ambas direcciones. Un lujoso «Talbot», conducido por chófer de librea y sin ningún otro ocupante, que marchaba hacia París se detuvo con un brusco frenazo.

—¿Puedo servirle en algo, señor? —preguntó el individuo deferentemente, asomando la cabeza por la ventanilla.

—No, gracias.

En seguida ocurrió otro tanto con un camión. Conway pensó que los automovilistas franceses eran extremadamente amables.

Empezaba ya a impacientarse por la tardanza de Leducq. El frío era intenso, por lo que el joven decidió dar unos pasos para entrar en reacción.

Caía la tarde y la luz empezaba a adquirir un tono impreciso. Pronto se haría de noche y entonces sería más difícil reconocer al «Renault».

Al fin divisó a lo lejos el Renault. Se arrodilló junto al gato y comenzó a accionar la palanca para bajar la rueda. El Renault pasó de largo a los pocos minutos. Conway, de reajo, distinguió fugazmente el rígido perfil de André Leducq.

Respiró hondo, recogió la herramienta y la colocó de nuevo en la caja correspondiente. En seguida reanudó la marcha, sin intentar adelantar al otro automóvil. Lo que hizo fue mantenerse a prudencial distancia, decidido a no perderle de vista.

Una hora después, ya noche cerrada, llegaron a El Havre.

Siempre detrás del Renault, Conway atravesó algunas avenidas en dirección al puerto. Leducq, sin embargo, no pensaba embarcar todavía. Era lógico, puesto que el «Albany» no elevaría anclas hasta el amanecer.

El coche en que viajaba Leducq se había detenido en una transversal, junto a una casa modesta, una de las pocas que se conservaban en pie anteriores a la guerra.

Conway frenó y observó que su perseguido bajaba del vehículo y, con una de sus maletas en cada mano, penetraba en el zaguán. Inmediatamente el Renault maniobró, alejándose por donde había

venido. Cuando la luz roja del faro piloto se perdió en las sombras, Conway arrancó de nuevo y pasó a poca velocidad ante la casa donde Leducq había entrado. Era una pensión.

Poco más adelante, Terrence Conway volvió a detener el Citroen y encendió un cigarrillo. Se le planteaba ahora un dilema. ¿A qué hora embarcaría Leducq en el «Albany»? Lo mismo podía hacerlo en seguida que esperar al último minuto. El «tenía» que ver a Leducq subir al barco y contemplar la partida de éste. Solo así podría estar seguro de que sus planes no habían fallado.

Encontró no lejos de allí un garaje, encerró el coche y regresó a la calle donde se encontraba la pensión. Flotaba en el espacio una bruma muy ligera, que le hizo recordar Londres. El ambiente era húmedo y frío, y las luces se desdibujaban en la lejanía.

Casi enfrente de la pensión había un bar, de cuyo interior surgía la música nostálgica de un acordeón. Conway entró en el establecimiento, se acomodó en una mesa próxima a la ventana, pidió un *whisky* y se dispuso a esperar.

Alrededor de las dos de la madrugada, Leducq, siempre con sus maletas en la mano, apareció en la puerta e inició la marcha hacia los muelles.

Terrence Conway salió a la calle, se subió el cuello de la gabardina y bajóse el ala del sombrero. Después de tanto tiempo en el cálido interior del bar, se notaba mucho más el frío. Un frío húmedo, penetrante, que llegaba hasta los huesos.

De pronto, Leducq cambió de dirección, encaminándose hacia la izquierda, entre montones de fardos perfectamente apilados.

Se oyó a lo lejos la sirena de un navío. Las sombras iban en aumento.

Conway, con todos los sentidos alerta, caminó entre los fardos, llegando a tiempo de ver que su perseguido se dirigía ahora hacia la derecha.

El agente especial calzaba zapatos de suela de crepé y no producía el menor ruido. Pasó junto a un barracón sumido en la oscuridad, y de nuevo se encontró entre un laberinto de cajones. Se repitió el aullido de la sirena y una luz fugitiva brilló débilmente en la lejanía.

—¡Acércate!

El del FBI se quedó inmóvil, mirando frente a él La sorpresa que

le produjo la tajante orden le impidió reaccionar de algún modo.

Allí estaba Leducq. No distinguía sus facciones, pero, en cambio, advirtió que algo brillaba en su mano derecha.

—¡Acércate! —repitió.

Conway avanzó unos pasos y el rostro de André Leducq se hizo más visible. Había dejado las maletas en el suelo y miraba a Conway con expresión hostil.

—¿Quién eres y qué te propones?

—No le comprendo.

—Dispongo de poco tiempo y necesito respuestas rápidas y concretas. No me eres desconocido. Creo recordar que te vi en el barco que me llevó de Dover a Calais, aunque entonces ibas mejor vestido. Y también has estado en la taberna de Tessier, en París. Has venido siguiéndome. Nos encontramos en un restaurante de Rouen, y más tarde estabas parado en la carretera, arreglando un pinchazo de tu coche.

Hizo una breve pausa y añadió:

—O fingiendo que arreglabas un pinchazo. Y ahora vienes otra vez detrás de mí. ¿Acaso me has tomado por imbécil?

Terrence Conway no contestó. Estaba cogido, pero no era esto lo que más lamentaba, sino el contratiempo que su desliz significaría para el FBI. Una labor paciente, de mucho tiempo, iba a echarse a perder por su culpa. Por haber supervalorado su inteligencia y menospreciado la del enemigo.

—¿Quién eres? —repitió Leducq.

—Lo siento, señor. Está equivocado respecto a mí.

Trataba de arreglar las cosas, pero en vano. Conway lo sabía. Avanzó otro paso.

—No es necesario que te acerques más —comentó Leducq—. Te veo perfectamente bien. ¿No quieres decirme por qué me sigues?

—Yo no le sigo a usted.

André Leducq contempló en silencio a Conway. Se oyeron unos pasos y voces que cantaban de cualquier manera. Debía de ser algún grupo de marineros que regresaban a su barco bastante bebidos.

—Es la última vez que lo repito. ¿Vas a decirme la verdad?

—Se equivoca, ya se lo he dicho. Venía por aquí casualmente. No le conozco de nada. ¿Por qué iba a seguirle?

André Leducq se permitió sonreír.

—Mientes, bastardo. Es inútil que trates de engañarme.

Sonó el sonido rítmico del motor de una gasolinera.

—Yo...

—No puedo perder tiempo, muchacho. En la duda...

La pistola que Leducq tenía empuñada se movió ligeramente. Conway comprendió que el sujeto iba a disparar. No era de los que avisan de sus intenciones y esto le hacía mucho más peligroso.

Conway se envaró ligeramente mientras el cañón del arma, que antes le apuntaba al estómago, alzabase hasta su corazón. El dedo del francés se crispaba ya sobre el gatillo... El instinto advirtió al joven que todo era cuestión de milésimas de segundo.

Dejó de pensar y saltó hacia adelante. Su mano izquierda hizo presa en la muñeca de su enemigo. Rodaron ambos por el suelo, abrazados, sin pronunciar una sola palabra.

Fue una lucha sorda y dramática. Ambos se jugaban la vida y lo sabían. La pistola se desprendió de los dedos de Leducq, el cual revolvióse con furia y asestó un fuerte golpe en la cara de Conway. Éste sintió un vivo dolor y cerró los ojos momentáneamente atontado.

Pero replicó en seguida. Golpeó la cabeza de Leducq con fuerza. Sin embargo, Leducq aguantó bien el impacto y flexionando las piernas, golpeó con las rodillas el vientre de su enemigo, haciéndole salir despedido hacia atrás.

Conway se recuperó en el acto y se lanzó contra el otro, cuando ya Leducq se incorporaba, tratando de coger la pistola que estaba a poca distancia. Leducq, a pesar del pisotón de Conway en su mano, le produjo un terrible dolor, no despegó los labios, sino para maldecir de su enemigo. Logró incorporarse y durante unos instantes se miraron mutuamente, midiendo la distancia.

Terrence Conway pensó que ya era suya la partida. Boxeaba muy bien y creía que, eludiendo el cuerpo a cuerpo, vencería a su antagonista. Estaba furioso consigo mismo por haber estropeado tan estúpidamente toda su labor de tantos días, pero tampoco era cosa de echarse a llorar.

Terrence Conway esperó con serenidad la acometida de su adversario, saltó a un lado y le lanzó un impresionante «upercut». Leducq, alcanzado de lleno en la mandíbula, se tambaleó. No obstante, pudo replicar con un buen directo al plexo solar del

agente, que éste encajó sin pestañear.

El del FBI comprendió que su rival no era tampoco ningún novato en la práctica del boxeo y ya no se sintió tan seguro de su victoria. Era preciso no descuidarse o sería derrotado en toda la línea.

Fintó rápidamente, dejando la cara al descubierto. Leducq trató de aprovechar la ocasión para golpearle en la barbilla. Falló, porque Conway, previendo el golpe, lo esquivó limpiamente, atacando a su vez.

Empezaba a soplar una ligera brisa y la bruma se deshacía en largos y sucios jirones...

VI

ENVUELTO en la lechosa y difusa luz del amanecer, el «Albany», a media máquina, se acercaba a los muelles de Filadelfia. El práctico del puerto subido ya a bordo, y era sólo cuestión de minutos el atraque, dando así por terminada su larga singladura.

El capitán Sherwood dejó en el puente de mando al primer oficial, con el práctico, y descendió a cubierta. Era extraño que André Leducq, su pasajero clandestino, estuviera levantado tan temprano. Y era también muy extraño que vistiera únicamente el pantalón y una camisa de manga corta.

El viento era muy frío y sólo a un loco se le hubiera ocurrido salir a cubierta de aquel modo. Pero no fue sólo eso lo que llamó la atención del capitán, sino el pequeño fardo de lona impermeable que Leducq, arrimado a la borda del navío, se estaba sujetando a la cintura mediante una correa.

Sherwood se dirigió hacia él, andando de prisa. El estuario estaba en perfecta calma y el «Albany» no cabeceaba demasiado.

Durante los nueve días de travesía, André Leducq había hablado poco. Pasó muchas horas en su camarote y otras muchas más cuando el tiempo era bueno, paseando por cubierta o contemplando el mar acodado en la borda. No entabló amistad con ninguno de los miembros de la tripulación y éstos no hicieron preguntas al capitán acerca del extraño pasajero. Ventajas de saber imponer una buena disciplina y hacerse respetar y querer.

El capitán Sherwood era de éstos. Sus hombres le estimaban, porque, dentro de su seriedad, era casi siempre paternal y en todo momento justo y comprensivo. Si él había autorizado a aquel individuo a viajar en el «Albany», sus razones tendría.

En Nueva York, donde estuvieron anclados unas horas André Leducq no hizo intención de desembarcar, permaneciendo todo el tiempo sin salir del camarote.

—¡Leducq!

Se volvió con claro gesto de contrariedad. Miró, indeciso, a Sherwood, pero su indecisión duró sólo unos instantes. Agitando una mano, gritó:

—¡Hasta la vista, capitán! Gracias por el viaje.

Se arrojó al agua en un salto perfecto y solamente entonces comprendió Sherwood la razón por la cual el otro estaba vestido con tan escasa ropa y también lo de la bolsa impermeable.

El viejo marino, perplejo, vaciló sobre qué partido tomar. ¿Debería dar la voz de alarma o botar una lancha para apresar al que, practicando un «crowl» de gran estilo, nadaba ya hacia la costa? Reflexionó. A él le habían pedido que accediera a llevar en su barco a Leducq hasta Filadelfia. Lo demás, según Lovelace, el agente que se había entrevistado con él en El Havre, correría a cargo del FBI.

Era una situación endiablada. André Leducq, excelente nadador, se alejaba sobre las olas. Alguien carraspeó al lado de Sherwood, el cual volvió la cabeza, encarándose con el segundo oficial.

—Me pareció ver saltar a un hombre, capitán. Creo que era... el pasajero.

Vaciló Sherwood un segundo y al cabo manifestó tajantemente:

—Olvídelo. No es asunto nuestro.

El capitán del «Albany» regresó al puesto de mando, sin poder alejar de su mente lo ocurrido. Cuando el barco atracó en uno de los muelles bajos, esperó más de una hora, pero nada sucedió. Bajó a tierra, estuvo un rato en la oficina del consignatario, que acababa de ser abierta, y luego se encaminó a un café cercano para tomar algo.

Le tocaron en el hombro cuando se disponía a entrar. Un hombre joven y elegantemente vestido le interrogó con amabilidad:

—¿El capitán Sherwood?

—Yo soy. ¿Qué se le ofrece?

—Pertenezco al FBI. Queremos hablar con usted. ¿Le importaría acompañarme?

—De ninguna manera.

Fue conducido a una casa inmediata. Subieron al séptimo piso y penetraron en un departamento que apenas tenía mobiliario. Daba la sensación de que lo habían alquilado recientemente.

—Soy el inspector Maloney, capitán —se presentó a sí mismo el más viejo de los individuos.

—Celebro conocerle, inspector.

—Usted ha traído de Francia un pasajero, un tal Leducq, ¿no es así?

—Así es.

—Estábamos ya un poco impacientes —explicó Maloney—. Llevamos veinticuatro horas instalados aquí, porque nadie nos pudo decir con exactitud la hora de llegada del barco. En cambio, sí pudimos averiguar el punto donde iba a atracar.

Señaló Maloney el aparato instalado ante la ventana y prosiguió:

—Con eso vemos a todo el que entra y sale del barco como si estuviese a un metro de distancia. Y hasta podemos sacar fotografías. Aparte de esto, unos cuantos de mis hombres vigilan el puerto. Usted no habrá reparado en ello, porque todos van disfrazados. Uno de obrero, otro de chófer, un taxista. ¿Quiere un cigarrillo?

—No, gracias. Fumaré en mi pipa.

Cargó Sherwood la pipa y la encendió. Todas aquellas explicaciones de Maloney eran muy interesantes, pero innecesarias, en opinión del marino. Si quería demostrarle el perfecto funcionamiento del FBI perdía el tiempo. Eso era algo de lo que todos los americanos están convencidos.

—En fin —continuó el inspector-jefe—, hemos tendido una red lo más completa posible para que Leducq no se nos despiste.

El marino comenzó a notar en la frente algo muy parecido al sudor, a pesar de que no hacía ningún calor allí.

—El «Albany» lleva ya cerca de dos horas atracado y Leducq no sale. ¿Qué sucede? Cuando le vimos bajar a usted, mandé a buscarle. No hay ningún riesgo, puesto que Leducq no puede vernos.

—Lo siento, inspector. André Leducq ha dejado el barco hace casi tres horas.

La expresión de estupor que apareció en el rostro del inspector Maloney no se le olvidaría a Sherwood en toda la vida.

—¿Cómo ha dicho?

Era inútil lamentarse de lo que, al parecer ya no tenía remedio. De nada servirían las actitudes melodramáticas. Además, el marino

era un hombre sencillo por naturaleza.

—He dicho que André Leducq abandonó el barco hace casi tres horas.

Los cuatro agentes que estaban con Maloney se habían colocado detrás de su jefe. Incluso el que miraba por el catalejo abandonó su puesto de observación para unirse al grupo de sus estupefactos compañeros.

—¡No es posible! —Casi gritó Maloney—. ¿Cómo pudo hacerlo?

—Nadando.

Los ojos del inspector-jefe despedían chispas de indignación. Sin embargo, se contuvo a tiempo, comprendiendo que iba a cometer una imprudencia. En tono mesurado inquirió:

—No se me dieron instrucciones concretas para el caso de que ocurrieran imprevistos y no me atreví a actuar por mi cuenta por miedo a entorpecer la labor de ustedes. Póngase en mi lugar.

—No son necesarias explicaciones, capitán —le atajó el inspector amablemente—. Yo, en su caso, hubiera procedido seguramente de la misma manera. La culpa es nuestra. Hemos sido unos imbéciles al no ocurrírse nos la posibilidad de que ese hombre abandonara el barco de la forma que lo ha hecho. No era probable, pero, en estos asuntos, no se debe dejar nada al azar. Gracias de nuevo, capitán.

Maloney empezó a dictar órdenes a sus agentes a toda prisa. Cogió luego uno de los teléfonos que había en el suelo y habló en tono conciso, dando instrucciones a alguien. Cabía pensar que un hombre que llegase a la costa no pasaría inadvertido.

Sherwood había vuelto a encender su pipa y esperaba pacientemente. Los hombres del FBI se pusieron en movimiento. Uno tras otro, todos, menos el inspector, abandonaron el piso. Cuando se disponía Maloney a imitarlos, reparó en la presencia del marino.

—¿Todavía está usted ahí, capitán?

—Sí. He de hacerle una consulta.

—Usted dirá.

—Resulta que yo cobre una fuerte suma a Leducq por admitirle en mi barco. El agente especial que habló conmigo me dijo que era conveniente que lo hiciese así para no levantar sospechas.

—¿Y bien...?

—No puedo quedarme con ese dinero, porque mi conciencia no me lo permite, inspector. Deseo entregárselo a ustedes.

—Perdóneme, capitán. Tengo mucho que hacer y no puedo ocuparme de eso ahora. Comprendo su punto de vista. Envíe esa cantidad a cualquier establecimiento benéfico, si le parece.

—Es una solución, desde luego.

Maloney se encasquetó el sombrero, se puso el abrigo y echó a andar. Sherwood le siguió. Al llegar a la calle se separaron sin haber vuelto a cambiar otra palabra más que el saludo de despedida.

VII

YA estaba allí. Había sido un esfuerzo enorme, pero lo había conseguido. Anduvo unos pasos, vacilante, con el agua por las rodillas, sintiendo que sus pies se hundían en el fondo arenoso. Luego se dejó caer de bruces sobre la pequeña playa solitaria. Tan cerca del ancho estuario que las olas, en su constante ir y venir, lamían sus piernas.

Cerró los ojos. Tenía hambre y sed. Sin embargo, eso no le preocupaba de momento. Lo único de veras necesario era descansar, descansar todo lo posible, para recuperar energías.

Sabía que no había nadie junto a él.

Abrió los ojos. Era una locura seguir allí. El frío atenazaba sus músculos y también su voluntad estaba atenazada por algo a lo que no podía vencer.

Todo le parecía imposible, ahora que estaba hecho. Tantas horas nadando, luchando con las olas, alejándose de las muchas embarcaciones pequeñas que navegaban por las cercanías del enorme río que llevaba a Filadelfia.

La noche no tardaría en llegar. No podía continuar allí. Sin embargo, volvió a cerrar los ojos, todavía fatigado.

Algún tiempo después los volvió a abrir. Tenía muchas cosas que hacer y debía marcharse ya. Había descansado bastante, aunque la sensación de agotamiento sumo persistía. Necesitaba comer, ducharse, fumar. No debía seguir durmiendo. Ni soñando.

Sonaba el mar a su espalda, un poco más violento. La arena ya no tenía el mismo color amarillento, porque el sol había desaparecido detrás de unos riscos. Hizo un esfuerzo, apoyó en el suelo las entumecidas manos y alzó la cabeza.

En aquel momento vio a la muchacha. Estaba allí, de pie, mirándole fijamente. Era muy joven. Tal vez no tuviera más que dieciocho o diecinueve años. Llevaba pantalones azules y un amplio

chaquetón de lana, de color gris. Calzaba botas de ante con suela de crepé.

—De modo que está vivo —comentó.

El hombre se levantó penosamente.

—¿Cómo ha dicho? —farfulló.

—Que está vivo. Pensé que era un ahogado. Hubiera sido emocionante encontrar un ahogado. ¿De dónde sale?

—Del mar. ¿No lo imaginaba?

—Por supuesto que sí. ¿Naufragó?

—Justamente. Iba en una lancha y se hundió. ¿Dónde estamos?

La muchacha se le acercó hasta casi rozarle. Miró el envoltorio que su interlocutor tenía todavía atado a la cintura, pero no hizo comentario alguno a este respecto. Se limitó a contestar:

—Cerca de Delaware. Está allí, detrás de aquellas rocas. ¿Piensa ir a la ciudad?

—¿Por qué quiere saberlo?

La joven se encogió de hombros. Conservaba las manos metidas en los bolsillos del chaquetón, para preservarlas del terrible frío.

—Soy muy curiosa. Mi padre dice que demasiado. ¿Piensa usted ir a Delaware, sí o no?

—Depende...

—Si no sabe el camino podría acompañarle. ¿Qué le parece?

—De acuerdo.

La muchacha empezó a caminar hacia el noroeste. Andaba de prisa, con pasos firmes y elásticos.

—¿Tiene un cigarrillo, señorita?

—Desde luego que sí. ¿Quiere uno?

Le ofreció un paquete de Camel y una caja de fósforos. El se apresuró a encender un cigarrillo, aspirando voluptuosamente el humo.

—Si usted quiere, yo puedo esconderle —manifestó la chica de pronto.

Al hombre por poco se le cae el cigarrillo de la boca.

—¿Esconderme? ¿Por qué había de esconderme?

—Hubo unos coches de la Policía rondando por aquí esta mañana. Oí decir que buscaban a un sujeto que se escapó a nado de un barco.

Mientras ella seguía caminando, él ahogó una maldición. Las

complicaciones empezaban. Esto es lo que parecía dar a entender su hosco silencio.

Remontaron una pequeña loma. A cosa de un par de kilómetros se veía el contorno de Delaware City.

—¿Se han ido ya?

—¿Quiénes?

—La Policía que buscaba a ese tipo.

—Andan husmeando de un lado para otro. Por eso le dije que yo podía esconderle.

—Oiga, muchacha. Suponiendo que sea yo a quien buscan los policías, ¿por qué me ofrece protección?

—Porque no me gustan los policías. Y usted es guapo. Puede que incluso resulte simpático.

El individuo movió la cabeza de un lado a otro. Aquella chica no parecía normal. ¿Podría fiarse de ella?

—¿Qué hacía usted por aquí? —quiso saber.

—Voy muchas tardes paseando hasta esa pequeña ensenada. Hoy salí temprano. En realidad, tenía la esperanza de encontrarle.

—¿A mí?

—Al hombre que buscan los sabuesos. ¡No sabe cuánto me divierte esto!

—Debe de leer muchas novelas, ¿no?

—Algunas... Mire. Estamos llegando a la carretera. Con esas trazas no podrá usted ir muy lejos. ¿Quiere que le ayude o no?

—No tengo ningún interés en permanecer escondido. Lo que deseo es cambiarme de ropa y largarme rápidamente de Filadelfia.

—Puede esperarme en el granero de Farrell. Yo iré a casa, cogeré un traje de mi hermano y sacaré la rubia del garaje. La ropa de mi hermano le estará algo estrecha, pero podrá pasar. Le llevaré a Filadelfia.

Aquella podía ser una solución.

—Encantado, señorita...

—

O'Connor.

Soy irlandesa, ¿sabe? Quiero decir, de ascendencia irlandesa. Mi padre procede de Dublín.

—¿Ofrece garantías como refugio provisional el granero de Farrell?

—Todas las garantías. El granero está abandonado. Y no hay necesidad de pasar por el pueblo para llegar a él. Tampoco tenemos que ir por la carretera. Sólo cruzarla.

—Andando, entonces.

Estaba ya oscurecido. Caminaron unos diez minutos. Cuando se hallaban ya a la vista de la carretera, la joven aconsejó:

—Espere aquí. Echaré un vistazo.

Se alejó un buen trecho. Al cabo de un rato, lanzó un silbido. Aquello quería decir que el hombre podía reunirse con ella.

—Sin novedad, jefe.

Cruzaron la carretera y siguieron andando por el campo. Era ya noche cerrada cuando llegaron al granero de Farrell. Un enorme edificio de madera, semiderruido.

—Entre sin miedo —indicó la muchacha—. Quizá encuentre alguna rata, pero nada más. Tardaré unos tres cuartos de hora en volver.

—Déjeme los cigarrillos y las cerillas, por favor. En cuanto a la ropa, me basta con una chaqueta. Llevo pantalones y todo lo demás en este saco.

Entró en el granero alumbrándose con un fósforo. Olía a humedad y las vigas estaban llenas de espesas telas de araña. Si las cosas no se torcían, aquella chica iba a ser su providencia.

Desató a tientos el paquete, se desnudó y se puso ropa interior limpia, un pantalón gris, zapatos, y un jersey de lana. No había llevado más por no hacer demasiado voluminoso el bulto. Luego encendió una cerilla y recogió la pistola, con varios cargadores de repuesto y otros objetos.

Se sentó en el suelo y encendió un cigarrillo. De nuevo volvía a notar el cansancio. La prueba había sido demasiado dura. Mucho tiempo nadando, en lucha con las corrientes marinas.

El tiempo empezó a hacérsele largo. Tal vez aquella extraña criatura no volviese. O volviese con una colección de policías. ¿Por qué había de confiar en ella?

Empezó a vislumbrar una posibilidad inquietante. La de que la muchacha le traicionase para presumir de haber capturado ella sola a un peligroso delincuente. Esto era mucho más verosímil que el exponerse por ayudarlo.

Se levantó y dirigióse a la puerta del granero. No había luna y,

aunque la noche no era muy oscura, apenas se distinguían más que sombras.

Al cabo de un rato advirtió la figura de la joven. Era inconfundible, enfundada en sus pantalones y en el amplio chaquetón de lana.

—¿Sin novedad? —inquirió.

—Sin novedad. En la furgoneta he dejado la americana. Vamos.

También podía ocurrir que le estuvieran esperando en la furgoneta. Anduvo junto a la chica con todos los sentidos alerta. En ningún momento dejó de empuñar, dentro del bolsillo del pantalón, la pistola que había sacado del saco impermeable.

—Suba usted.

En la furgoneta, detenida en la carretera, con las luces apagadas, no había nadie. El hombre ocupó el asiento delantero junto a la chica, la cual empuñó el volante con seguridad. Había una chaqueta en el respaldo. Le venía estrecha, pero podía pasar. Arrancaron.

—¿Cuál es su primer nombre?

—Edith. ¿Por qué?

—Por nada. Es usted demasiado joven para llamarle ceremoniosamente señorita

O'Connor.

Conducía bien. La furgoneta avanzaba a noventa por hora. Los faros, muy potentes, iluminaban una larga extensión de carretera.

—¿Sabe usted si detienen los coches en algún sitio?

—Lo ignoro, aunque quizá...

Edith

O'Connor

se interrumpió al verse obligada a efectuar un viraje brusco para evitar chocar con un camión que, sin luces, torció una curva echándoseles materialmente encima.

—Me gustaría saber lo que ha hecho.

—¿Por qué se figura que he hecho algo?

—Cuando la Policía le busca con tanto interés... Y el caso es que no tiene usted aspecto de forajido.

—Los forajidos no suelen tener siempre aspecto de lo que son.

Llegaban a un cruce de carreteras. Una luz roja osciló delante de ellos lentamente. La joven frenó apagando los faros.

—No se mueva —dijo.

El motorista de tráfico se acercó a la ventanilla izquierda. Edith O'Connor

había pasado el brazo alrededor del cuello de su acompañante. Le besó en los labios y luego volvióse, sonriente, al motorista.

—¿Qué sucede, agente?

—¿De dónde vienen ustedes?

—De Delaware. ¿Algo de particular, agente?

—Buscamos a un individuo. Escapó de un barco a nado.

—No hemos visto a nadie por el camino. Ni tampoco hemos oído nada a ese respecto. ¿Podemos seguir?

—Sigan —dijo el agente—. Y cuidado en las curvas. Es peligroso hacerse el amor conduciendo.

La muchacha pisó el acelerador y la furgoneta salió disparada.

—Lo ha hecho usted muy bien, Edith.

—No tiene importancia. Lo vi en una película. Sólo que allí era distinto. La joven hacia la escena obligada por el cañón de un revólver. El que iba a su lado era un asesino peligroso.

Entraban en los arrabales de Filadelfia. El hombre musitó:

—Esta aventura puede acarrearle a usted desagradables consecuencias.

—No lo crea. Soy muy lista.

—Bien. Acérqueme un poco más al centro. Y luego márchese como una buena chica, sin hacer preguntas.

Recostado sobre el asiento, el fugitivo encendió un cigarrillo.

—Me gustaría volver a verle. En Delaware no tiene más que preguntar por mí. Todos me conocen.

—Puede que vaya por allí algún día. Pare en aquella esquina, por favor.

La muchacha obedeció.

—¿Nos separamos ya? Tenía esperanza de que se complicara aún más la aventura. ¿Dónde irá ahora?

—No empiece de nuevo. Ya sabe que no contestaré. Cuando me vaya, de usted la vuelta y regrese a casita. Me ha hecho un favor muy grande, pero todo ha terminado.

—¿No me dirá siquiera cómo se llama?

—Lo siento. Cuanto menos sepa usted de este asunto, mejor para usted... y para mí.

—¿Piensa que voy a traicionarle?

—Dejemos eso. Siempre me ha gustado que las mujeres conserven de mí un buen recuerdo.

—Yo lo conservaré, no lo dude.

Edith

O'Connor,

apoyada en el volante, le miró intensamente.

—Vuelva a casa, Edith. Y gracias por todo.

Le ofreció la mano, que él se apresuró a estrechar cálidamente. Luego descendió del coche.

—Adiós.

Echó a andar y volvió la cabeza cuando había caminado unos cuantos pasos. La furgoneta estaba dando la vuelta.

—Esa chica debe de estar loca... pero es un verdadero encanto.

Tomó habitación en un hotel de ínfima categoría de Sylmar Street, con el nombre de Jack Smith. No se atrevió a hacerlo con el de Leducq por la Policía.

Como no llevaba equipaje, pagó una semana por adelantado y en seguida subió a su cuarto. No era muy confortable. Había, además de la cama, un lavabo desportillado, un par de sillas, un armario, una mesilla de noche y una alfombrilla rota y deshilachada.

Miró el reloj de pulsera. Eran más de las nueve y los comercios estarían ya cerrados. No podía, por tanto, proveerse de ropa hasta el día siguiente. Se fue a la calle y tomó café y una copa de coñac en una cafetería cercana. Luego regresó al hotel y se acostó.

Por la mañana, completamente recuperado, desayunó con envidiable apetito. Después se dirigió a una tienda de ropa hecha.

Eligió un traje gris oscuro, uno de esos trajes anodinos, que puede usar cualquiera. Camisa y corbata discretas en calidad y colorido, zapatos negros, un impermeable vulgar y un sombrero de fieltro gris.

A la mañana, después de un largo recorrido en taxi, se detuvo ante el número 624 de la avenida Passyunk. En el bajo había una relojería, en cuyo escaparate se exhibían toda clase de modelos. El letrero de oscuro cristal que había sobre el dintel rezaba: RELOJERIA CONINGTON.

—¿En qué puedo servirle, señor?

—Quisiera hablar con míster Connington.

El visitante se apoyó en el mostrador.

—Desearía un reloj no muy caro —dijo—. Y bajando la voz: Soy André Leducq.

Connington le miró fríamente. Sus ojos carecían de expresión a través de los cristales de las gafas. Se volvió en silencio, abrió una de las vitrinas y sacó una bandeja de relojes.

—A ver si alguno de éstos es de su agrado, señor.

El comprador examinó los relojes uno por uno. Connington, en voz muy baja, agregó:

—Le esperábamos ayer.

—Llegué ayer, pero tuve que escapar del barco a nado. Me pareció que el capitán recelaba algo. Estuve en el agua varias horas y fui a parar a un pueblo llamado Delaware. Cuando llegué a Filadelfia era ya muy tarde.

—Oí que la Policía andaba buscando a un sujeto que se había fugado de un buque. No le relacioné con usted.

—Pues era yo.

El fugitivo tenía en sus manos un reloj.

—Me quedo con éste.

—Muy bien, señor. ¿Dónde se aloja?

—Hotel France, en Sylmar Street.

—No era el sitio convenido.

—Tuve que cambiar mis planes.

—Le telefonearé a mediodía.

—De acuerdo. Pregunte por Jack Smith.

—Son treinta dólares, señor.

Pagó el reloj, que el dueño del establecimiento colocó en una cajita forrada de raso, se echó ésta al bolsillo y salió a la calle, regresando inmediatamente al hotel.

El relojero le llamó a la hora convenida. Explicó brevemente:

—Tome un taxi y diríjase al bulevar Roosevelt. Le recomiendo el taxi porque hay mucha distancia desde donde usted se encuentra. Diga al conductor que le deje en la esquina de la avenida Cottman. Siga a pie por esta avenida hasta la tercera bocacalle.

—¿A la derecha o a la izquierda?

—A la derecha, puesto que usted vendrá del sur. Bannard Street está también a la derecha de Cottman. Verá usted una casa de una sola planta, con jardín, a poco de entrar en esta última calle, acera

de la izquierda. La puerta del jardín no tendrá echada la llave. Yo mismo le abriré la de la casa, puede estar allí dentro de una hora.

—Estaré.

Siguiendo al pie de la letra las indicaciones de Connington, a las dos y cinco llegaba a la casa con jardín de Bannard Street. Empujó la cancela, anduvo por el estrecho sendero, bordeado de setos, subió los cuatro escalones del porche y llamó al timbre. Le abrió Connington.

Dos personas estaban sentadas ante la chimenea. Se volvieron al oírlos entrar. La mujer... Bueno la mujer era lo que se dice sensacional...

VIII

LLEGADO a Washington, Jack Lovelace recibió orden de marchar a Filadelfia, donde debía reunirse inmediatamente con el inspector-jefe Maloney. Le encontró por la noche en el hotel donde se hospedaba. Gregory Amec, Elmer Broderick y Andy Fergusson estaban con él. Maloney no parecía de buen humor.

—Hable, Lovelace —dijo a guisa de saludo.

—¿Puedo sentarme primero? —inquirió el joven con una sonrisa.

—Sí, claro, perdone. ¿Ha tenido buen viaje?

—Excelente, gracias.

—Tenga un cigarrillo. Este endemoniado asunto me está desquiciando. ¿Qué sabe usted?

—Poca cosa, señor. Aquella mañana, Terry me dijo que esperara sus noticias. Y no he vuelto a saber nada de él. Me enteré de que el «Albany» había zarpado de El Havre y me imaginé que Leducq viajaba hacia acá. De Terry, ni palabra.

—Leducq, en efecto, llegó a Estados Unidos en el «Albany». Pero no esperó a desembarcar en el puerto. Se arrojó al mar y escapó a nado. Una posibilidad que no habíamos previsto. Creo que hemos fracasado. Además, me preocupa mucho la suerte que haya podido correr Terry Conway. ¿Qué más, señor Lovelace?

—Poco más, señor. No me atreví a tomar determinación alguna, puesto que la dirección del asunto la llevaba él. Pensé que habría encontrado alguna otra pista en Francia o...

Hizo una brevísima pausa y en seguida continuó:

—Bueno, pensé muchas cosas. Efectué algunas discretas indagaciones y pude enterarme de que el automóvil alquilado por Terry en una agencia muy conocida en París había aparecido en un garaje de El Havre. Lo dejó allí y, por lo visto, no volvió. Los dueños del garaje, extrañados, avisaron a la agencia.

—Continúe, por favor.

—La idea de Terry era seguir a Leducq hasta el «Albany» para convencerse de que, efectivamente, embarcaba. A mí me pareció bien. Y si Leducq embarcó, no me explico lo que le ha pasado a Terry.

—Razonemos un poco —propuso el inspector-jefe—. Conway no es de los que fracasan fácilmente. Llevó muy bien este asunto hasta que se esfumó en El Havre, Temo que le haya ocurrido algo grave.

—Puede ser —admitió Elmer Broderick—. El hecho de que no haya dado señales de vida...

—Tal vez signifique que ha muerto —le interrumpió Maloney.

—Es muy sospechoso, desde luego —continuó Broderick—, pero, conociendo a Conway, me inclino a creer que las causas de su misteriosa desaparición son muy distintas.

—¿Qué es lo que supone?

—Pudo encontrar una buena pista, alguna derivación interesante del caso Leducq, como ya ha indicado Jack, y decidió seguirla por su cuenta. En cualquier momento aparecerá, tranquilamente, con el asunto resuelto. Entonces ustedes, los jefes, asegurarán que es el mejor de todos.

—Terry me insinuó algo respecto a dar una lección al Deuxieme Bureau y al Intelligence Service. Acaso esté intentándolo.

—No comparto esa opinión —declaró Maloney—. A Terry debe de haberle sucedido algo. En realidad su misión en Francia terminaba al embarcar Leducq en el «Albany». Y no es lógico que, esperándole usted en París, desapareciese sin más.

—Todo eso está muy bien, señor —insinuó Andy Fergusson—. Es el punto de vista basado en el más riguroso sentido común. Pero, tratándose de Terry Conway, ni el sentido común ni la lógica, sirven para nada. Y eso, a mi entender, cambia todo el panorama.

—No, muchacho. Lo que pasa es que ustedes se dejan influir por su antipatía hacia Conway.

—No lo crea, señor.

—Bien... Dejémoslo estar. Por el momento, nada podemos hacer. Además, tenemos otras muchas cosas en qué ocuparnos. He movilizado a varios agentes por causa de ese Leducq, y hemos fracasado. Mejor dicho, hemos hecho el más absoluto ridículo.

Se puso en pie y comenzó a medir la habitación a grandes

trancos.

—Pero no voy a conformarme. Olvídense de Conway y escuchen. Leducq se nos escurrió de entre los dedos. Explico esto para que Lovelace, que no está bien enterado. Fue muy listo y debe de nadar muy bien. Hemos cribado una gran extensión de costa, sin resultado alguno. Nadie ha visto al fugitivo.

Andy Fergusson encendió un cigarrillo y preguntó:

—¿Qué podemos hacer, señor?

—Vamos a continuar tratando de localizarle. No podemos resignarnos.

Maloney miró alternativamente a sus cuatro subordinados.

—Mientras Conway y ustedes estaban en Europa Lovelace, aquí no hemos cesado de trabajar. Se vigiló discretamente a cuántos de cerca o de lejos tienen algo que ver con el «Proyecto Missiles» y se empezó a sospechar de Lon Brancoff. Mejor dicho, de su mujer.

—¿En qué se basan esas sospechas? —quiso saber Lovelace.

—Diana Brancoff gasta demasiado. Frecuenta los círculos elegantes de Filadelfia y se dice que no es inasequible a las aventuras galantes... si el galán merece la pena. Usted puede merecer la pena Lovelace. ¿Qué le parece? Acabo de decidir que se encargue usted de ella.

Lovelace esbozó una sonrisa y juntó cuidadosamente los dedos.

—Gracias, señor. Precisamente mi especialidad son las damas.

—Los Brancoff viven en Milnor Street, cerca del río Delaware.

—Entendido.

El inspector-jefe, Maloney, cogió unos papeles y se dirigió a Elmer Broderick y a Andy Fergusson.

—Ustedes dos sigan investigando en el puerto. Quizá encuentren algo por allí. Eso es todo.

—¿Qué hago yo, señor? —interrogó Gregory Ames.

—Usted me acompañará a mí. Y no crea que va a faltarle trabajo. Usted, Lovelace, escuche. Quiero resultados en seguida. Si no logramos algo pronto, presentaré mi dimisión. No estoy acostumbrado a fracasar.

—Quizá no hubiéramos fracasado si Terry hubiera respirado a tiempo —insinuó Fergusson.

—Los muertos no respiran.

El veterano agente sonrió.

—En el caso de Terry, permítame creer en lo imposible.

—Espero que Terry Conway resucite en mi presencia. Si se ha evaporado para obtener éxito personal, como ustedes sospechan, mejor para él, que no aparezca. Se acordará de mí. Suerte, muchachos.

Echó a andar, con su paso vivo, nervioso, y se perdió de vista poco después, al doblar una esquina.

Elmer Broderick y Jack Lovelace se miraron en silencio. Se conocían desde muchos años antes, hicieron la guerra juntos, habían trabajado en colaboración numerosas veces y apenas tenían secretos el uno para el otro.

—¿Qué opinas de lo de Terry Conway?

—Me cuesta trabajo admitir que haya muerto. Y, sin embargo, me parece lo más probable. Quizá ese Leducq se dio cuenta de que le seguía y le quitó de en medio.

—¿A Terry? ¿Te olvidas de que es el mejor, el más listo, el infalible?

—A mí no me satisface pensar que esté muerto —declaró suavemente Lovelace—. Mi odio no llega a tanto. Sin embargo...

Empezaron a caminar juntos. Lovelace se abotonaba lentamente el impecable abrigo gris. Unas muchachas que pasaron junto a ellos le miraron admirativamente.

—Yo tampoco deseo mal a nadie y menos a un compañero. No obstante, puedo asegurar que si se comprueba que Terry ha muerto, no perderé el sueño por su culpa.

—Yo tampoco. A pesar de todo desearía que estuviese vivo. Y tú también.

—¡Vete al diablo! Y... suerte con la dama.

—Abur.

IX

JACK Lovelace colgó el aparato, se restregó las manos satisfecho. Aquello marchaba. Su gestión no había empezado mal. Hacía un par de días había coincidido «casualmente» con los Brancoff en cierta fiesta e intimaron inmediatamente.

Ahora acababa de llamar a Lon Brancoff y había tenido la inmensa suerte de que el hombre no estuviera. Entonces, naturalmente, había hablado con la mujer. Tan estupendamente lo había hecho que había arrancado a la joven la promesa de dar una vuelta con él aquella misma tarde. Para la noche siguiente, seguía en pie la invitación de Lon Brancoff para cenar juntos en cualquier parte.

Por eso, Lovelace se mostraba satisfecho. Quizá en efecto, consiguiera resultados rápidos, como quería Maloney. El estaba dispuesto a conseguirlos y parecía en camino de ello. Aquella idea de abordar al marido con ánimo de llegar a la mujer no había sido del todo mala.

Encendió un cigarrillo, se puso los guantes y salió de la farmacia, desde cuya cabina telefónica había llamado a Lon Brancoff. Una vez en la calle cruzó la calzada decidido a refugiarse en un cine de sesión continua. De algún modo tenía que matar el tiempo hasta la hora de su cita con Diana Brancoff.

Ésta no era, ni mucho menos, una mujer fácil. Ésa era la impresión que Jack Lovelace había formado de ella en el poco tiempo que la conocía. Los informes del inspector-jefe podían ser, a este respecto, equivocados. A él le había parecido inteligente, bella e interesante. Tal vez sufría por su marido. Éste era un tipo concentrado, cuyos pensamientos parecían llevarle muy a menudo fuera de este mundo. Tal vez se debía a ser uno de los más famosos técnicos en materia aeronáutica.

Se había hecho pasar ante Lon Brancoff y su esposa por inglés,

sin ningún propósito definido. Tal vez por su idiosincrasia de «*gentleman*» o quizá solamente porque, como Diana procedía de Europa, creyó poder así interesarla con mayor facilidad. Lovelace, si se lo proponía, podía hablar su idioma con acento y giros típicamente londinenses.

Bien. Aquella tarde la señora Brancoff y él saldrían juntos. A la noche siguiente cenarían por ahí, con el marido. Era lo acordado. La idea de la cena había partido del propio Brancoff y Lovelace se había apresurado a aceptar. Pero no cabía pensar en una aventura galante con Diana. No era de esa clase de mujeres, aunque llevase una vida algo frívola. Quizá se aburría...

La película a la que Lovelace apenas había prestado atención hasta aquel momento entraba en sus últimos minutos.

El agente especial continuó pensando en Diana Brancoff. Aparentemente la joven no era ninguna espía. Lovelace lo hubiera jurado así, guiándose tan sólo por su intuición. Pero las apariencias y la intuición engañan muchas veces.

La película acabó trágicamente, y el agente especial respiró aliviado. Proyectaron después un documental y en seguida otro film; ahora del Oeste.

A Jack Lovelace le gustaban los temas del Oeste casi siempre ingenuos, pero a menudo entretenidos. No obstante no esperó el desenlace de la película, pero era fácil imaginárselo.

Continuaba lloviendo torrencialmente. Subió al coche que tenía estacionado cerca de allí y lo puso en marcha. Había alquilado el vehículo suponiendo que, para seguir la pista de los Brancoff tendría que frecuentar escalas sociales elevadas. No se equivocó y ahora se alegraba de haberlo hecho.

Condujo con precaución, ya que la falta de visibilidad y lo resbaladizo del pavimento resultaban muy peligrosos. Algún tiempo después detuvo el coche frente al edificio de Milnor Street en que habitaban Diana Brancoff y su esposo.

Subió al quinto piso y oprimió el timbre de la puerta correspondiente. Una doncella abrió a los pocos segundos y le pasó a un saloncito.

Poco después hizo acto de presencia Diana Brancoff enfundada en un elegante traje sastre, de color gris. Le sentaba maravillosamente. Sus líneas resaltaban de una forma que cortaban

el resuello. Llevaba al brazo un impermeable y ofreció la mano a su visitante. Éste se la estrechó cálidamente.

—¿Qué tal, Jack?

—Encantado de volver a verla. ¿Nos vamos?

—Cuando guste.

La ayudó a ponerse el impermeable y salieron. En modo alguno se permitió libertades excesivas con ella, pero no pudo dejar de pensar cómo se habría conducido en su lugar Terrence Conway. Quizá se hubiera inclinado sobre ella y besado los rebeldes rizos que se enroscaban en el cuello.

Ya en el automóvil, Jack Lovelace inquirió:

—¿Dónde prefiere que vayamos? ¿La apetece bailar?

Diana Brancoff vaciló un instante.

—Sí, lléveme a

Starkie's.

Es una especie de salón de té y de club nocturno muy agradable. Está en la calle Craisbury, cerca de la avenida Pike. ¿Le conoce?

—No, pero sabré ir.

Starkie's

resultó, en efecto, un lugar muy agradable. Era más bien reducido y no había exceso de público. Una discreta iluminación de tonos azules prestaba a la sala cierto aire de intimidad. Una buena orquesta, un servicio excelente y un decorado moderno y lujoso se unían a todo lo demás para acrecentar y matizar la sensación de recogimiento que reinaba en el ambiente.

Una vez sentados, Diana Brancoff pidió un té y Lovelace un combinado de jerez. La orquesta atacaba un vals. El joven miró fijamente a la mujer que tenía delante. Una dama inquietante, desde luego, misteriosa, bellísima, cerrada a las íntimas confidencias. Se preguntó cómo sería Lon Brancoff y se dijo que resultaba extraño que un hombre pudiera tener medio abandonada una mujer como aquélla. Claro que podían ser figuraciones suyas, hipótesis sin apenas base firme en qué apoyarse.

—Es curioso, señora Brancoff. Nunca me ha ocurrido con ninguna mujer lo que me ocurre con usted.

—¿Qué es ello? —sonrió ella amablemente.

—Nada. ¿Quieres que bailemos?

—Con mucho gusto.

Giraron a los acordes de un fox lento, de rítmicas cadencias. El agente del FBI sentía palpar contra el suyo el cálido y hermoso cuerpo de la mujer, cuya estrecha cintura enlazaba fuertemente con su brazo.

Hablaron mucho aquella tarde, pero Diana Brancoff eludió referirse a su marido, a pesar de que en más de una ocasión Lovelace sacó a relucir el tema. Luego la acompañó a casa. Sólo en el momento de despedirse, como si fuera precisamente entonces cuando lo recordaba, ella informó:

—La cena de mañana se ha complicado un poco Jack. Mi marido desea celebrarla en una casita de campo que tenemos en la carretera de Norristown, a unas millas de Filadelfia. Yo iré temprano, porque tengo tarea allí.

—¿Quiénes iremos?

—Usted, él y yo solos. Lo pasaremos bien, seguramente. Supongo que no tendrá dificultad en dar con la casa, Jack. Tome un camino a la izquierda, en la milla tercera. En seguida verá la finca. Si cree que puede perderse venga conmigo. Pero se aburrirá.

—Descuide, sabré orientarme. ¿A qué hora debo ir?

—A las ocho.

Se estrecharon las manos y la mujer descendió del coche. Al hacerlo, parte de sus bellas piernas quedaron al descubierto. A Lovelace no le desagradó el espectáculo. Cuando ella desapareció en la casa, el agente especial dio vuelta al coche y se alejó.

Era una idea extraña el hacerle ir a cenar a una casa de campo con un tiempo tan infernal, pero se alegraba. Así tendría ocasión de intimar con el matrimonio Brancoff. Respecto a la personalidad de la mujer, ya se había formado cierta idea. Ahora debería esperar a conocer más profundamente al marido para ver qué clase de tipo resultaba.

Jack Lovelace fue puntual: A las ocho de la noche siguiente, aunque el camino hasta el «cottage», propiedad de los Brancoff, estaba prácticamente intransitable a causa de la lluvia, llegó ante la puerta. Tuvo que avanzar con sumo cuidado y más de una vez estuvo a punto de atascarse en el tremendo barrizal.

Por fin, los faros del vehículo iluminaron la rústica valla de madera, más allá de la cual se veía el edificio. Se trataba de una casa de piedra, de dos plantas, bien construida. El tejado era de

pizarra y la parte alta de los muros se hallaba cubierta de planchas de madera. Abrió la puerta de la valla y condujo el coche hasta cerca del porche. Debieron oír el ruido del motor, puesto que, antes de que se hubiera apeado, abrióse la puerta principal y apareció bajo el dintel Diana Brancoff.

—Pase usted, Jack, por favor.

Lovelace entró en un vestíbulo de regular tamaño. Había algunos cuadros en las paredes y una cabeza de ciervo disecada colgada sobre la chimenea. Un fuego alegre y confortador, de leña, ardía en el hogar.

De espaldas a la lumbre, con un vaso en la mano, estaba Lon Brancoff. Avanzó hacia el recién llegado con la diestra extendida y una amable sonrisa en los labios.

—¿Cómo está, Jack? Celebro que haya venido.

—No podía faltar, Lon. Ha sido usted muy amable al invitarme.

—Póngase cómodo —intervino la mujer—. Como no hemos traído servidumbre debo atender yo a todo. Mi marido le atenderá.

Abandonó Diana Brancoff la estancia. Jack Lovelace se despojó del impermeable y tomó asiento junto al fuego.

—¿Qué prefiere beber?

—*Whisky*, por favor.

Lon Brancoff manipuló en el mueble bar y sirvió sendos vasos de *whisky*, pues el suyo estaba vacío. Luego se sentó también.

—En cierto modo ha sido una desconsideración por mi parte hacerle venir hasta aquí.

—Yo no lo he interpretado de ese modo.

—Resulta que esta noche tengo yo algo que hacer. En verdad, siempre tengo algo que hacer, y si nos hubiésemos quedado en la ciudad nos habrían interrumpido más de una vez con llamadas telefónicas. Aquí estaremos tranquilos.

Jack Lovelace pensó que las explicaciones de Brancoff carecían de consistencia. Cuando uno no quiere que le molesten con llamadas telefónicas, basta con dar órdenes en ese sentido. O descolgar el teléfono.

—De modo que es usted inglés —dijo Brancoff—. ¿Pertenece, en efecto, al cuerpo diplomático?

—No exactamente. Soy una especie de agregado. He venido a Norteamérica en viaje semioficial y pasaré unos días en Filadelfia.

Una gran mujer, su esposa, si me permite decirlo. Guapa, culta y agradable. En cuanto a usted...

Diana Brancoff apareció a los pocos momentos para anunciar que la cena estaba servida. Pasaron al comedor, una pieza amplia y cómoda, en la cual había también una chimenea encendida. Las sillas estaban tapizadas con pieles de oso y una gran alfombra navaja cubría el suelo.

Cenaron mientras hablaban de cosas intrascendentes. Luego, la conversación giró sobre temas más importantes. Lon Brancoff se expresaba con brillantez, tenía ideas claras y no resultaba pedante. Sin embargo, Lovelace creyó advertir que su anfitrión realizaba grandes esfuerzos para mantenerse a tono con la reunión. En algún momento, el agente especial creyó sorprender una mirada rara en los ojos de la mujer. Como si contemplase a su marido con sorpresa.

Diana Brancoff relató vagamente algo de su juventud en Polonia y Lovelace inventó cuánto quiso respecto a su vida en Inglaterra. Conocía bien este país y no le faltaba inventiva.

Lon Brancoff no se refirió en ningún momento a sus actividades profesionales y cuando el agente del FBI intentó llevar la charla a aquel terreno, el hombre cambió hábilmente la conversación. Discutieron de la posibilidad de una guerra atómica y sólo entonces Brancoff se mostró en exceso preocupado.

—Creo que es hora de que me vaya —dijo al fin Lovelace, muy cerca de la medianoche.

—Si le resulta más cómodo puede dormir aquí. Hay habitaciones disponibles y nosotros no regresaremos a la ciudad hasta mañana.

—No quiero causarles más molestias. Han sido ustedes muy amables.

Lon Brancoff le estrechó la mano y le ayudó a ponerse el abrigo. La mujer, al despedirse le dirigió una mirada agradecida, que Jack Lovelace no supo interpretar.

—Buenas noches, Diana. Ha sido una velada deliciosa.

—Ojalá pudiéramos repetirla a menudo —exclamó ella mirando a su esposo.

Jack Lovelace salió de la casa con la cabeza un poco cargada y sintiendo molestias en el estómago. Había comido y bebido con exceso para su costumbre y se encontraba hinchado. Condujo el coche lentamente a través de la embarrada senda que llevaba a la

carretera.

Respecto al asunto que le había acercado a los Brancoff, no sabía qué pensar. Tanto podía ser ella la espía como él. O los dos, de común acuerdo. O, acaso, ninguno de ellos.

Frenó bruscamente al divisar un tronco de árbol derribado en medio del camino. Había soplado el viento fuertemente, mientras cenaban, y no era de extrañar que aquello hubiera sucedido.

—¡Maldita sea! —barbotó.

No le hacía ninguna gracia tenerse que apearse bajo aquel diluvio para apartar el obstáculo y poder continuar la marcha. Pero no le quedaba otro remedio.

Al descender del coche metió el pie derecho en un charco, mojándose hasta el tobillo. Profirió un gruñido y chapoteó hasta el tronco caído.

Escuchó algo tarde unos pasos sigilosos tras él, amortiguados por el sordo rumor de la lluvia. Sintió un golpe en la cabeza y luego todo fueron sombras a su alrededor...

X

LON Brancoff ayudaba a su esposa a secar la vajilla. La mujer tenía un delantal blanco y unos guantes de goma. Apenas hablaban. Era una situación casi nueva para ellos, después de tanto tiempo distanciados. Cuando terminaron, propuso él:

—Tomemos una última copa juntos antes de acostarnos. ¿Ha quedado champán?

—Sí, todavía hay una botella por ahí.

Se trasladaron al vestíbulo. Lon Brancoff cogió las tenazas y hurgó en el fuego de la chimenea.

—Siéntate, Diana. Yo te serviré.

Se fue al comedor y volvió a los pocos minutos con dos copas y la botella. La mujer, reclinada indolentemente contra el respaldo del sillón, le contemplaba hacer en silencio. El taponazo sonó muy fuerte y Lon Brancoff rió. Llenó las copas, dejó la botella sobre una mesita y tomó asiento frente a su esposa.

—¡Por nosotros, Dy!

Decididamente, estaba desconocido aquella noche. Parecía como si de pronto hubiese vuelto a ser el de antes. Las copas tintinearón argentinamente al chocar. Ella apuró el champán de un solo trago, mientras él lo saboreó despacio.

—¿Un cigarrillo, querida?

—Sí, gracias.

Diana Brancoff pensó que aquél podía ser un buen momento para poder explicarse mutuamente ciertas cosas. Pero no se decidió a intentarlo. Tal vez si lo intentaba se rompería el encanto mágico que parecía envolverles.

Lon Brancoff fumaba con la mirada fija en las llamas que se retorcían en la chimenea. Se oía perfectamente el retumbar de la lluvia y el aullido del viento.

—Es tarde, cariño —dijo el hombre—. Deberíamos acostarnos.

—Sí, es muy tarde.

La alcoba estaba en el piso alto. Brancoff se entretuvo en el cuarto de baño y cuando volvió su mujer estaba ya desnuda. La contempló mientras se ponía la ropa de dormir. Se deslizó en la cama, bostezando, mientras murmuraba:

—Me caigo de sueño, querido.

Apenas se había acostado se durmió profundamente. Lon Brancoff esperó todavía un rato. Luego se acercó de puntillas al lecho, cerciorándose de que su mujer estaba, efectivamente, dormida, y salió de la estancia. Poco después descendía al piso bajo.

Lon Brancoff se puso una gorra y un impermeable viejo, cogió una linterna y abandonó la casa.

En torno suyo aullaba la lluvia y el viento. Una densa oscuridad envolvía el paisaje Pero él conocía bien el terreno. Caminó a buen paso en dirección contraria a la carretera, saltó la valla de su propiedad, remontó un pequeño altozano y no tardó en llegar a una tapia de piedras superpuestas. Andando junto a ella, se encontró en seguida ante una puerta. Cerca ladraron unos perros.

Sin hacerles caso, Brancoff penetró en el terreno cercado. El contorno de una vivienda apareció frente a él poco después, difuminado por la lluvia y la oscuridad. Subió los escalones del porche y llamó con los nudillos cuatro veces espaciadas.

Ya en el vestíbulo, se sacudió el impermeable y masculló:

—Hace una noche de infierno, Crawster.

Crawster era propietario de El Dragón, un cafetón de mala muerte del puerto. Asintió con un gruñido. El recién llegado inquirió:

—¿Están ahí?

—Sí.

Entró en una habitación en la que había tres hombres y una mujer. Jim Connington, el relojero saludó:

—¡Hola, Brancoff!

Karl Schmidt, descendiente de alemanes, tenía un gimnasio donde se entrenaba gente de toda ralea. Dijo simplemente:

—¡Hola!

La mujer avanzó hacia Brancoff, le echó los brazos al cuello y le besó fuertemente en los labios. El la apartó un poco y examinó al tercer hombre, que se encontraba en la parte más oscura de la sala.

—Buenas noches, Leducq.

—Buenas.

—¿Lo cogieron?

—Sí —respondió Schmidt.

—¿Y... qué hay de él?

—Nada todavía —replicó Connington—, pero es muy posible que las sospechas sean ciertas. Ese hombre no es inglés, desde luego. Y lleva pistola. Le haremos hablar cuando vuelva en sí.

—Lo mejor será que no me vea. Puede que hayamos cometido un error.

—No lo creo —terció Leducq—. Los informes que tenemos revelan que el servicio de contraespionaje anda tras la pista de usted, Brancoff.

—Desde que me advirtieron que esto podía ocurrir, he tenido los ojos y los oídos bien abiertos. Cuando Lovelace se acercó a mi empecé a recelar. Sentiría haberme equivocado.

—No tardaremos en cerciorarnos —aseguró Leducq—. Vamos a ver a ese tipo. A propósito, Brancoff, ¿cómo va su trabajo?

—Bien. Traeré los planos completos mañana o pasado. En cuanto a la otra parte del asunto, opino que, dadas las actuales circunstancias...

—Dadas las circunstancias —le interrumpió Leducq— es preciso acelerarlo todo lo posible.

—Pero...

—Es la consigna, si mal no recuerdo. Hemos de cumplirla.

—El FBI puede echársenos encima —declaró la mujer, interviniendo por primera vez en la conversación— y eso no me gusta nada. Empiezo a tener miedo.

Lon Brancoff la miró especulativamente. Una mirada cargada de contradictorios sentimientos. Podía adivinarse el odio en ella. Y también un loco amor.

—No se ponga nerviosa —aconsejó Leducq, mientras encendía un cigarrillo. Luego se volvió a Connington y a Schmidt—. Vamos a ver al individuo.

Salieron de la habitación. Crawster se les reunió en el vestíbulo y descendieron a un sótano. El propietario de El Dragón ordenó al sujeto que estaba de guardia en el pasillo:

—Abre.

El individuo insertó la llave en la cerradura, haciéndola girar inmediatamente. La puerta, con un fuerte chirrido de sus goznes, comenzó a abrirse al ser presionada por el guardián.

Jack Lovelace se removió en el suelo. Había oído primero el rumor de la llave al girar en la cerradura y luego el chirrido de la puerta. Hacía escasos segundos que había recobrado el conocimiento y aún no acababa de darse cuenta de lo que pasaba.

Recordó el árbol atravesado en el camino. ¿De qué modo, al final, eran ciertas las sospechas referentes a los Brancoff? Porque, evidentemente, la invitación a cenar en su finca fue una trampa...

La puerta se abrió del todo. Al encenderse la luz el agente especial parpadeó, deslumbrado.

Entró un individuo de cara ancha, ojos abesugados y grandes bigotes. Después otro, calvo y con gafas. A continuación un tercero, de cabeza cuadrada y rasgos típicamente germanos.

Estupendo. El, por lo menos, había conseguido conectar con aquellos tipos. Posiblemente no le serviría de nada, pero se sintió momentáneamente orgulloso. ¿Qué hubiera hecho, en su lugar, el infalible Terry Conway? No había que pensar en esto, puesto que Conway ya no existía.

Aún quedaba un cuarto tipo, cuya silueta distinguía confusamente en el umbral. El tipo avanzó dos pasos, con el humeante cigarrillo entre los labios.

—¡Hola, sabueso!

El agente del FBI cerró los ojos y volvió a abrirlos, pese a que en ningún momento pensó que lo que estaba viendo fuera producto de una pesadilla. Sabía que se encontraba totalmente despierto y que los efectos del golpe recibido se traducían únicamente en un fuerte dolor de cabeza. Nada más.

Se quedó inmóvil, sentado en el suelo, sin decidirse a incorporarse del todo. Alguien estaba hablando.

—Si contesta a nuestras preguntas, puede ahorrarse muchas molestias, amigo.

Recuperada su facultad de reacción, Jack Lovelace empezó a ponerse de pie con lentitud.

Allí se hallaba Terrence Conway mirándole tranquilamente y hasta burlonamente a través del humo del cigarrillo. Sus pálidos ojos grises no denotaban la menor emoción.

—¿No me ha oído?

El individuo de la cabeza cuadrada y rasgos germánicos avanzó hacia él en actitud amenazadora. Lovelace asintió:

—Sí, le he oído, pero no le entiendo. ¿Qué pretende de mí? ¿Por qué me han traído aquí?

¿Era un traidor Terrence Conway? Mientras hablaba, Lovelace pensaba en esto una y otra vez. ¿Era un traidor?

—Hablemos claro —dijo Connington—. Usted es un agente del FBI. Trató de hacer amistad con los Brancoff por algún motivo. Explíquese pronto. De lo contrario...

Jack Lovelace se encogió de hombros. Todo aquello era absurdo, hasta un tanto irreal. Poco menos que increíble. ¿Qué infiernos hacía allí, con aquellos sujetos, Terry Conway? Podía ser un presuntuoso, un cínico, un mal compañero, pero nunca un traidor. ¿O sí era un traidor?

Conway, sin quitarse el cigarrillo de los labios, tomó la palabra pronto. Habló fríamente, con claridad:

—Este tipo, en efecto, pertenece al FBI. No se molesten más en averiguarlo.

—¿Cómo lo sabe?

—No puedo probarlo, desde luego, pero me apostaría las botas. Avanzó hacia Lovelace y se colocó muy cerca de él.

—Nos vimos en París. Sospecho que me ha seguido hasta aquí... De momento, creo conveniente que lo dejemos.

—Quizá fuera interesante averiguar por medio de este sujeto lo que el Departamento de Defensa sabe de nosotros.

—Lo intentaremos más tarde. Permitámosle que reflexione. Este cuarto no es muy confortable. Por la mañana, estoy seguro, habrá decidido despepitarse.

—Por mí, de acuerdo —aceptó Karl Schmidt.

—Reclusión hasta nueva orden —continuó el falso Leducq—. Que no entre nadie a verle, que no le den comida ni bebida. Es el mejor sistema. Piénsalo, amigo. Piénsalo todo muy bien.

En opinión de Lovelace, allí no había más que dos soluciones. El Terry Conway era un traidor, él estaba definitivamente perdido. Si no lo era...

Aguantó la mirada de su compañero sin pestañear. Tuvo un momento, un segundo de interna vacilación. Al cabo decidió confiar

en el mejor de todos ellos, según el propio Maloney.

—Se equivocan conmigo. Yo no tengo nada que ver con el FBI ni con el Departamento de Estado.

—Eso lo veremos —insistió Conway.

Salieron todos. Conway, mientras acercaba la mano al conmutador de la luz, dirigió a Lovelace otra rápida mirada. Accionó el interruptor y reinaron las sombras. Poco después, Jack Lovelace escuchaba de nuevo el ruido de la llave al girar en la cerradura.

Afortunadamente no le habían quitado los cigarrillos. Encendió uno. La llama del fósforo alumbró brevemente la estancia. Lovelace, a solas con sus pensamientos, se dispuso a esperar...

Mientras en la habitación de arriba Conway interrogaba:

—¿A qué hora vendrá nuestro hombre?

—Al amanecer —repuso Connington—. Faltan más de tres horas.

—Mañana usted entregará la copia de esos planos, Brancoff —continuó Conway—. Después no volveremos a vernos hasta el momento de proceder a la otra operación, cuyos detalles quedarán definitivamente concertados cuando venga ese tipo.

Terrence Conway desconocía por completo al individuo aquel que estaba esperando. Era, por lo visto, el jefe de América. El que organizaba todo y daba órdenes a los demás. Aquello marchaba. Caería, al menos un pez gordo.

—Serviré unas bebidas —indicó Crawster—. La espera ha de ser larga.

Salió de la estancia, regresando al momento con vasos y botellas, que dejó sobre una mesa. Todos bebieron, a excepción de Conway. Lon Brancoff dijo:

—Sigo creyendo que lo que usted llama segunda operación es un disparate...

—Lo que usted crea o deje de creer carece de importancia —le atajó Conway—. Hay que volar esa fábrica. Era lo acordado y lo haremos.

—Pero los planos de ese «Polaris» perfeccionado...

—¡Al diablo con ellos! Son inútiles, desde luego. Estoy de acuerdo en que nos prestarán un buen servicio. Pero no se trata sólo de eso. Usted conoce la disposición de la fábrica, Brancoff, y tiene allí suficiente libertad de movimientos para preparar las cosas de

modo que podamos entrar unos cuantos. Será todo muy sencillo.

—Me gustaría saber qué lograremos con eso —intervino Jim Connington.

—Es obvio. Deseamos crear una psicosis de pánico en los Estados Unidos. Después de ese sabotaje, habrá otro. Llegará un momento en que... Bueno, ya pueden imaginarse lo que sucederá.

Se hizo un hondo y prolongado silencio que Karl Schmidt se encargó de romper.

—No hablemos de eso ahora. Esperemos al jefe...

—Sí, esperemos.

Terrence Conway miró al reloj, aguardó unos minutos y salió de la habitación sin dar explicaciones. Descendió al sótano, donde tuvo la suerte de encontrar al guardián vuelto de espaldas. Se acercó a él sigilosamente, alzó el puño izquierdo y lo descargó violentamente sobre el cráneo del individuo, el cual se derrumbó sin exhalar un gemido.

Jack Lovelace se puso en pie al ver entrar a su compañero. Conway arrastraba por una pierna al desvanecido.

—Ata y amordaza a este fulano mientras me explicas. ¿Hay gente nuestra en Filadelfia?

—Sí... Maloney, Broderick, Ames...

—Sal de aquí y ponte en contacto con ellos inmediatamente. Volved cuando haya amanecido, pero no antes.

Sin abandonar la operación de amordazar al centinela, Lovelace inquirió:

—¿Cuántos hombres hay en esta casa?

—Cuatro, sin contar éste. Además, una mujer. Es la que incitó a la traición. Está colado por ella y lo tiene bien cogido.

—¿Por qué he de marcharme, Terry? Podemos tú y yo con todos ellos, sin necesidad de ayuda.

—Seguro, pero da la casualidad que falta el más importante, Jack. Ése vendrá al amanecer. Rodead la casa después de esa hora. Además, si tratamos de hacerlo nosotros solos, habrá lucha. Conviene que los echemos mano vivos.

—¿Cómo diablos has podido...?

—Es largo de contar y el tiempo apremia.

—¿Dónde estamos?

—En una finca cercana a la de Lon Brancoff.

—¿Está Brancoff aquí?

—Naturalmente.

—Estupendo. En su casa, seguramente, tiene coche. Procuraré hacerme con él. Allí sólo estará su mujer. ¿Sabes si Diana Brancoff figura en este concierto?

—No, no figura. Cuidado con los perros, Jack. Por si acaso, toma esta pistola. Recuerda... No aparezcáis antes de que amanezca.

—¿Pero y si el tipo llega antes de lo que esperáis? ¿Y si se dan cuenta de que he huido?

—Sabré entretenerles —dijo Conway, sonriendo. ¿Listo, Jack?

—Listo.

—Yo saldré primero. Transcurridos cuatro o cinco minutos, lárgate tú.

Se asomó Conway a la puerta y escuchó unos segundos. Luego, antes de marcharse, se encaró con Lovelace. Era, quizá, la primera vez en su vida que acometía un presentimiento sombrío.

—Suerte, chico.

Jack Lovelace vaciló. En seguida, en un gesto espontáneo le ofreció la mano.

—Suerte para ti, Terry.

Lovelace esperó unos cinco minutos, apagó la luz y salió del cuarto. Cerró la puerta con llave muy despacio, procurando no hacer el menor ruido y ascendió lentamente las escaleras que llevaban a la planta baja del edificio.

El vestíbulo estaba a oscuras. Hasta él, a través de una de las puertas, llegó rumor de conversación en que intervenían varias personas. Reconoció la voz de Terry Conway, que decía:

—Espero que nuestro hombre sea puntual.

Jack Lovelace cruzó el vestíbulo de puntillas y puso la mano en el tirador de la puerta. Poco después se hallaba en el porche, tras haber cerrado a su espalda.

Caminó hacia la izquierda, bajo la lluvia, que seguía cayendo furiosamente, y no tardó en encontrar la tapia. Los perros no le habían olfateado. Saltó al otro lado y anduvo desviándose un tanto hacia la derecha, hasta que llegó al camino.

El frío y la lluvia despejaron su cabeza. Apenas sentía ya el dolor del golpe. Cuando llegó a la casa de los Brancoff estaba calado hasta los huesos. Vaciló antes de decidir lo que le convenía hacer respecto

a Diana. No le costaría demasiado trabajo convencerla para que le acompañara o, en todo caso, reducirla a la impotencia.

Llamó a la puerta y nadie respondió. Repitió insistentemente la llamada y el resultado fue el mismo. Dio entonces la vuelta al edificio, examinando las ventanas.

Algún tiempo después estaba dentro de la casa. Examinó primero el piso bajo, pero, como suponía, no había en él ninguna alcoba.

Cuando entró en el dormitorio donde se encontraba acostada Diana Brancoff, ella no se movió. Lovelace, extrañado, se acercó a la cama. La mujer seguía durmiendo pesadamente, con una respiración rítmica y acompasada. El agente del FBI comprendió que la joven se hallaba bajo los efectos de algún narcótico. Apagó la luz y abandonó la casa por donde había entrado.

La puerta del garaje no estaba cerrada con llave. Dentro había un Ford algo anticuado y un moderno Oldsmobile. Eligió este último.

Al llegar a la carretera, pisó a fondo el acelerador, despreciando el peligro que suponía el asfalto mojado. El inspector Maloney estaría con toda seguridad durmiendo en el hotel.

Jack Lovelace pasó a grandes zancadas por delante del asombrado empleado nocturno que dormitaba sobre el mostrador de recepción y subió directamente al cuarto del inspector-jefe.

Maloney se despertó al oírle, encendió la luz de la mesilla de noche y se restregó los ojos.

—Vístase —dijo sonriendo el agente del FBI—. He visto a Terry.

—¿Dónde, muchacho?

Lovelace se extrañó de que Maloney no demostrara demasiado asombro. Sólo un interés relativo.

—En una finca cercana a la carretera de Norristown, rodeado de un nutrido grupo de espías y traidores. Al parecer...

Maloney, que había abandonado el lecho y se vestía a toda prisa, comentó sencillamente:

—No cabe duda... Es el mejor de todos.

XI

BELLE se había quitado el costoso abrigo y se hallaba sentada en un sillón, con una de las rodillas entre los brazos y un cigarrillo en la mano. Vestía pantalón ajustado y jersey amarillo pegado al busto como una segunda piel. Llevaba ahora gafas y un grueso collar.

Lon Brancoff, sentado en una silla, fumaba sin cesar. Connington leía un periódico y, de cuando en cuando, bebía un trago de *whisky*. Crawster luchaba con el sueño, mientras Karl Schmidt, en mangas de camisa, estaba detrás de la muchacha.

Por su parte, Terrence Conway meditaba sobre el alcance de su aventura. Había conseguido engañarlos a todos, adoptando la personalidad de André Leducq. Era curiosa la forma en que, hablando muy poco, se había enterado de muchas cosas. Particularmente, Jim Connington, que parecía ser, después del hombre al que todavía no conocía, el más importante, no había sabido mantener la lengua demasiado quieta.

Conway, en su papel de André Leducq, había sido recibido por los miembros de la organización clandestina con gran respeto. Veían en él al gran organizador. Y como el agente del FBI era un intuitivo, que sabía razonar fría y rápidamente, no le costó mucho trabajo hacerles hablar, limitándose él a adornar con un poco de fantasía los planes que ya conocían los otros y para cuya realización sólo esperaban la llegada de Leducq.

No, aquélla no era una organización cualquiera. Si triunfaban, no podría decirse que había dejado de prestar un gran servicio a la patria. Y nunca dudó de que triunfaría. La suerte le volvió momentáneamente la espalda en El Havre, al ser descubierto por Leducq, pero se puso nuevamente de su parte desde el momento que escapó a nado del «Albany».

El joven se imaginó al inspector-jefe Maloney desesperado por la desaparición del hombre al que creían, ellos también, el verdadero

Leducq, y tratando de enderezar por todos los medios lo que parecía torcido.

—Pronto amanecerá —dijo Schmidt sin levantar la vista de los naipes.

—Sí, ya falta poco —admitió Conway.

Crawster abandonó la estancia y el agente especial, tensos los músculos, se puso en guardia. Cada vez que alguno de aquellos sujetos salía de allí, temía que se le ocurriese bajar al sótano y descubriera la desaparición de Jack Lovelace.

Sin embargo, el propietario de El Dragón regresó a los pocos momentos con unos emparedados.

—¿Quieren? —ofreció.

—Deme uno.

Terrence Conway comió el emparedado en pocos segundos. Tenía un apetito feroz, aunque no se había dado cuenta de ello hasta aquel instante. Después, bebió un vaso de cerveza. Era lo primero que bebía en toda la noche. Se preguntó quién sería el hombre al que esperaban, el individuo que estaba por encima de todos y el cual, según le habían informado, no vivía en Filadelfia.

Miró a Belle, que seguía sentada en el sillón. Era el tipo clásico de la mujer sin escrúpulos, capaz de cualquier cosa por dinero. Muy sugestiva, había logrado arrastrar a Lon Brancoff a aquella empresa. Brancoff, en cambio, le daba lástima. Conocía muchos casos como aquél. Hombres honrados hasta que la ambición, el afán de dominio, la atracción del sexo, les hace caer en el deshonor.

Crawster era, sencillamente, un forajido. Cualquier clase de negocio, por desastrosas que fueran sus consecuencias para los demás, le parecía lícito siempre que le proporcionase algunos beneficios.

Jim Connington, el relojero, pertenecía a una casta menos definida. Conway no había acabado todavía de clasificarlo. ¿Ambicioso también? ¿Quizá un fanático idealista?

En cuanto a Karl Schmidt el alemán nacionalizado en Norteamérica, probablemente judío, era una extraña mezcla de ambición e ideas políticas. Tal vez por eso, el más peligroso de los cuatro.

—¿Alguien quiere darme otro cigarrillo?

Belle se desperezaba lentamente. Terrence se acercó a ella.

—Toma.

—Gracias, André.

La conoció al mismo tiempo que a Brancoff, en la casa donde le citó el relojero a raíz de su llegada. Le había mirado con admiración cuando supo la forma en que había escapado del «Albany». Los otros dos le fueron presentados después.

Faltaba sólo el jefe propiamente dicho. Y algunos más, complicados indirectamente. Pero éstos caerían con facilidad después de la primera redada. Debía de haber cosas muy interesantes en aquel edificio y también en la finca de recreo de Lon Brancoff. No conocía a la esposa de éste, pero Connington le había asegurado que era francamente seductora, lo cual hacía menos explicable que Brancoff se hubiese dejado atrapar por Belle.

Conway fue hasta la ventana, apartó los visillos y miró por ella. Empezaba a vislumbrarse un lejano resplandor lechoso. No tardaría en amanecer.

Buen chico Jack Lovelace. Debió recibir una sorpresa tremenda al verle allí, entre aquella gente como uno de ellos. Pero supo reaccionar. De haber sido otro, Broderick, por ejemplo, tan impulsivo, quizá hubiera cometido una imprudencia y echado todo a rodar.

La labor que el FBI llevaba a cabo en aquel asunto, con independencia de la suya, era acertada. Lovelace había logrado trabar amistad con los Brancoff y no era culpa suya si el otro desconfió de él y le tendieron aquella celada. En realidad, había sido una suerte que las cosas sucedieran de aquel modo.

Conway hizo un cálculo mental. Estaba seguro de que Jack Lovelace no fallaría. Estaría ya en Filadelfia, y Maloney, con todos sus hombres, entraría en acción en el momento oportuno. Acaso se resolviera todo sin necesidad de lucha, sin derramamiento de sangre. Éstos son los buenos servicios, los que se realizan por medio de la astucia y de la inteligencia. Desgraciadamente, muchas veces había que luchar y la sangre manaba.

Sintió un estremecimiento y alejó de sí aquellas ideas. Estaba allí, entre unos auténticos forajidos que no sospechaban nada de él y que pronto serían conducidos a prisión. Era el triunfo del cerebro sobre la violencia.

Si se torcían los acontecimientos y era preciso pelear, pelearía,

como siempre. Había dado a Jack Lovelace la pequeña pistola que llevaba como repuesto, pero conservaba la «Magnum» en la funda sobaquera, dispuesta para un caso necesario. Instintivamente se palpó debajo de la axila.

—Nos hubiéramos evitado la mala noche de no ser por ese maldito espía —manifestó de pronto James Connington—. Todo se hubiera reducido a venir aquí al amanecer. Ese tipo nos ha obligado a permanecer en vela.

—Ya no tiene remedio —contestó Brancoff.

Terrence Conway esbozó una sonrisa.

—Personalmente, una noche en vela no me afecta demasiado.

—Ya no tardará —dijo Crawster.

Todos conocían al hombre que esperaban, pero ninguno le llamaba por su nombre. Quizá lo ignoraban.

—En cuanto terminemos —expuso Belle, bostezando— pienso irme a casa, meterme en la cama y estar durmiendo diez días.

De nuevo reinó el silencio.

—¿Cómo piensan ustedes, Leducq, efectuar el pago? —preguntó de pronto Karl Schmidt—. Me refiero, claro está, al pago de nuestros servicios.

—Billetes auténticos —dijo Conway, que no tenía ni la menor idea de semejante detalle—. Les serán entregados religiosamente en el sitio que ustedes mismos elijan. Incluso pueden situárselo en el extranjero, si lo prefieren así. No se pueden ofrecer más facilidades, ¿verdad?

—Eso parece —musitó el alemán. Y se enfrascó de nuevo en las cartas.

La luz del amanecer entraba ya por la ventana. Una luz débil, tímida, velada por la espesa cortina de lluvia que seguía cayendo sin cesar.

—¡Maldito tiempo! —masculló Lon Brancoff, levantándose.

Empezó a pasear a grandes zancadas. Crawster dijo de improviso:

—Estese quieto. Acabará poniéndome nervioso.

Brancoff no hizo caso de su interlocutor y continuó paseando. Conway los observaba a todos. En situaciones como aquélla se desatan fácilmente los nervios.

—He pensado...

James Connington se interrumpió al oír el ruido de un motor. Luego dijo:

—Vaya a abrir, Crawster. Ya está ahí.

El propietario de El Dragón abandonó la estancia y a los pocos momentos regresó, acompañado por un hombre como de cuarenta y cinco años, alto e impecablemente vestido de oscuro. Sus facciones eran angulosas y sus ojos miraban de una forma penetrante. Todos, menos Conway, le rodearon.

—Permítame que le presente a André Leducq —manifestó Connington, con una amplia sonrisa en los labios.

El recién llegado dirigió una mirada fría y extraña al agente especial.

—No me gustan las bromas, Connington. Este hombre no es André Leducq.

Una de las características de Terrence Conway eran sus reflejos. Aún no había terminado el individuo de hablar, cuando el agente del FBI esgrimía ya en su mano derecha la «Magnum».

—¡Que nadie se mueva! —ordenó—. El juego ha terminado.

Todos los forajidos quedaron inmóviles a la vista del arma que les apuntaba. Se produjo un dramático silencio.

—Las manos bien altas —siguió diciendo Conway—. Y nada de trucos.

El recién llegado hizo frente a la situación con gran serenidad.

—¿Puede saberse quién es usted y por qué se ha hecho pasar por André Leducq?

—Trate de imaginárselo —sonrió el agente especial.

Jim Connington, lívido, exclamó:

—Debe de tratarse de un error. Este individuo...

—No sea imbécil —le atajó el hombre vestido de oscuro—. Vi a Leducq una vez, en Europa. No sé cómo ha podido engañarlos.

—Nosotros no le conocíamos —protestó Karl Schmidt—. Llegó y...

—¡Cállese!

El individuo parecía estar reflexionando. A Conway le resultaba aquel rostro vagamente familiar. Estaba seguro de haberle visto antes, pero no podía precisar cuándo ni dónde.

—Tenemos a otro tipo encerrado abajo —masculló Crawster—. Leducq..., quiero decir, este fulano dijo que se trata de un agente

del FBI. ¿Cómo se explica...?

—«Tenían» —corrigió Conway—. Ya se ha marchado. El que está encerrado allí es su guardaespaldas, Crawster.

El recién llegado perdió por unos segundos su sangre fría.

—¡Malditos imbéciles...! Un agente encerrado y el falso Leducq lo suelta sin que se enteren.

—No podíamos suponer... —exclamó Connington—. Bueno, el caso es que no desconfiamos de Leducq. No comprendo nada de lo que pasa.

El cerebro de Conway trabajaba a marchas forzadas. Si Jack Lovelace no había sufrido ningún contratiempo, Maloney y los demás agentes estarían a punto de llegar. Necesitaba mantener a raya un poco todavía a todos aquellos individuos.

Pero algo le decía que las cosas no serían tan sencillas. La actitud del hombre vestido de oscuro no era de resignación precisamente. Ni la de los otros tampoco. Cinco hombres y una mujer, contra él, podrían luchar con muchas probabilidades de éxito.

Se preguntó cuál de ellos daría el primer paso, el más difícil. Desde que se embarcó en aquella aventura había estado temiendo que apareciese en cualquier momento alguien que conociera al verdadero Leducq. Ya había aparecido.

Los pálidos ojos grises de Conway observaban a las seis personas que se mantenían quietas bajo la amenaza de un revólver. Sólo Lon Brancoff parecía ajeno a lo que pudiera suceder. Estaba muy pálido, con una terrible expresión de melancolía en su semblante.

—Usted y yo podríamos llegar a un acuerdo.

Conway pensó que el tipo mentía. Trataba, sencillamente, de distraerle. La situación aquélla no podía prolongarse durante mucho tiempo. Uno de ellos daría el ejemplo lanzándose contra él, aun a riesgo de recibir un balazo. No eran hombres blandos.

No, no eran hombres blandos, pero la primera en actuar fue la mujer. Belle no se lanzó contra él, sino que, tranquilamente, se situó frente al arma.

—Un caballero no dispara nunca contra una dama. Adelante, muchachos.

—¡Apártese! —gritó el agente del FBI. Pero ya era tarde.

Todos, a excepción de Lon Brancoff, aprovecharon el momento

de indecisión de Conway. Éste dio un salto, cayendo al otro lado del sofá. Se inclinó a tiempo, cuando ya una bala disparada por Karl Schmidt silbaba sobre su cabeza.

Belle, cumplido su objetivo, corrió hacia un rincón y se arrojó al suelo.

—¡Cuidado! —gritó Brancoff.

Crawster, Connington, Schmidt y el individuo vestido de oscuro habían empuñado sus armas y hacían fuego. No quedaba más remedio que luchar.

Terrence Conway eligió como blanco la cuadrada cabeza del alemán, que pareció desintegrarse al recibir el proyectil.

—¡Maldito! —gritó Belle.

Afuera se oyó ruido de motores. La habitación se llenaba de humo de pólvora. Maloney y los demás llegaban, como siempre, a tiempo. Conway ordenó:

—Arrojen las armas. La casa está rodeada. No tienen ninguna posibilidad de escapar.

El hombre vestido de oscuro soltó una carcajada. Conway cambió de posición. Sus enemigos supervivientes habían buscado refugio detrás de algunos muebles y ya no era fácil acertar. Sólo Brancoff permanecía en pie, en un ángulo de la estancia, como si aquello no fuera con él.

Belle se levantó, convencida sin duda de que el agente del FBI no dispararía contra ella. Abrió la puerta y escapó corriendo. Naturalmente, Conway no hizo nada por impedirle la huida. No llegaría muy lejos.

La puerta de entrada a la casa se derrumbó con estrépito. Oyó la voz familiar del inspector jefe Maloney impartiendo órdenes a sus muchachos...

De pronto, Terrence Conway percibió a Crawster, que se arrastraba hacia la izquierda, buscando un lugar mejor desde el que atacarle. Hicieron fuego los dos al mismo tiempo. El cuerpo del forajido sufrió una sacudida y quedó rígido. Terry Conway notó un fuerte dolor en el pecho, una punzante sensación de quemadura.

—Es el final —pensó.

Sonaron aún algunos disparos. Entre brumas, vio el rostro de Maloney avanzar hacia él. Y también las figuras de varios de sus compañeros. Entre ellos Andy Fergusson, Jack Lovelace, Elmer

Broderick y Gregory Ames.

—Un póker funesto —había dicho Conway en cierta ocasión.

Pero ahora sonreía. Le colocaron con sumo cuidado sobre el mismo sofá que le había servido de escudo y en el cual había dormitado Belle durante un buen rato.

—¿Puede hablar? —inquirió Maloney.

—Sí —dijo Conway débilmente—. Escuche...

El inspector jefe se volvió a uno de sus hombres para ordenarle que avisara rápidamente a una ambulancia. Después siguió preguntando:

—¿Cómo es que está aquí el senador Lowell?

—¿El senador Lowell? Ahora... recuerdo. Es el jefe de todos éstos.

—Bien, muchacho. Ha sido una sorpresa. Empiece desde el principio. Si no se siente con fuerzas déjelo para más tarde.

—Si no hablo ahora, dudo que pueda hacerlo ya.

Terrence Conway dio comienzo a su relato. Hablaba entrecortadamente. Maloney y los demás agentes se inclinaron sobre él, anhelantes. Temían que de un momento a otro todo hubiese terminado para Conway. El mismo lo había dicho.

Allá, en El Haxre, Leducq había muerto. Fue cosa de mala suerte. Un golpe desgraciado. Con la desaparición de Leducq desaparecía también la pista tan paciente y sagazmente encontrada. Conway, junto al cadáver, pensó en el modo de enderezar aquello que se había torcido. Pronto se le ocurrió la solución.

El capitán del «Albany» no conocía a André Leducq. «El» sería André Leducq hasta que lo descubriera todo. Una posibilidad entre un millón, desde luego, pero él era Terrence Conway, el infalible, como sus compañeros le llamaban. Lo intentaría, costase lo que costase.

Despojó a Leducq de su documentación y tiró el cadáver al agua, bien lastrado. En una de las maletas encontró una agenda con varios nombres, entre los que se contaba el del relojero James Connington. También, entre los objetos personales del muerto, halló la mitad de una cartulina que debía tener, completa, el tamaño de una tarjeta de visita. En ella había un dibujo a pluma que debía de representar un prototipo de avión. En la parte de cartulina poseía por Conway estaba la cola del aparato.

No le cupo duda de que se trataba de una contraseña. A Connington no tuvo necesidad de enseñársela, pero sí a los demás, cuando se reunió con ellos en la casa de la avenida Cottman.

—Debimos suponer desde el principio que eras tú muchacho —le tuteó Maloney de improviso—. Sólo tú eras tan buen nadador como para conseguir escapar del barco. Fue un error por nuestra parte no adivinarlo.

Maloney calló. La respiración de Conway se hacía cada vez más fatigosa. Sudaba copiosamente y de su rostro había huido todo color. En sus ojos se reflejaba la muerte.

—Nadie es... infalible... —concluyó el joven, con gran esfuerzo—. Un día te aciertan y...

Dejó caer los párpados para levantarlos al cabo de unos segundos. Los rostros de sus compañeros se le mostraron más borrosos y desdibujados que antes.

—Es... el... fin... Escuchadme, amigos... ¡Hay una muchacha, Edith

O'Connor,

que me ayudó mucho...! Quisiera...

—La conocemos —declaró Maloney—. Ames y yo estuvimos en su casa. Al agente que os detuvo en la carretera le extrañó que volviera sola al cabo de poco de haber pasado contigo y pudimos comprobar la verdad. Entonces supimos que André Leducq era, en realidad, Terrence Conway.

—¿Cómo... llegaron... a esa conclusión?

—La chica dijo algo cuando la interrogamos que nos puso sobre aviso.

—¿Qué... fue...?

—Aseguró que la dijiste que te gustaba que las mujeres guardaran un buen recuerdo tuyo. Gregory sospechó la verdad y enseñó una fotografía tuya. La muchacha te identificó. Decidimos, pues, dejarte el campo libre, para no levantar la caza. Avisamos a Broderick y a Fergusson, pero no llegamos a tiempo de hacer lo mismo con Lovelace. Y éste estuvo a punto de estropearlo todo, aunque, al final, gracias a él, nosotros estamos ahora aquí.

Conway no demostró sorpresa alguna. Sabía que tanto Maloney como sus demás compañeros, no eran tontos en absoluto.

—Decidle a... Edith que... no ayudó a... ningún asesino...

Fueron sus últimas palabras.

EPÍLOGO

El inspector jefe Maloney carraspeó. Encendió después un cigarrillo y fumó unos momentos en silencio. Sus ojos miraban alternativamente a los cuatro hombres que estaban sentados frente a él, al otro lado de la mesa.

Conocía muy bien a Broderick, a Fergusson, a Lovelace, a Ames, y podía adivinar fácilmente sus reacciones. No dejaba de resultar curioso que los cuatro, tan distintos entre sí, tanto física como moralmente, pareciesen experimentar en aquellos instantes análogas sensaciones. Al parecer se trataba de un fenómeno de arrepentimiento colectivo.

Mientras el irascible Andy Fergusson se removía, nervioso, en el asiento, y Jack Lovelace contemplaba la lámpara de bronce que iluminaba el despacho, y Gregory Ames tenía la vista clavada al frente, Elmer Broderick encendió por tercera vez su habano, que se le había apagado.

—Ustedes le vieron morir —manifestó al cabo Maloney—. No es lo mismo hablar de la posibilidad de que un hombre muera, que ser testigo de esa muerte, ¿verdad?

Sus palabras no encerraban ningún reproche. Únicamente se advertía en ellas una gran tristeza.

—Nos reunimos los cinco por tercera vez en el espacio de unas semanas. Les he llamado porque quiero contarles algo. Ahora que él ha muerto, nadie me obliga a guardar el secreto.

El inspector fumó en silencio durante un par de segundos y luego prosiguió:

—Ciertamente, Terry Conway, era algo presuntuoso y hasta puede que un poco cínico. De acuerdo. En parte era una actitud intencionada y en parte le hicieron así las circunstancias.

Los cuatro agentes especiales cambiaban entre sí ahora, frecuentes miradas. Sin duda se estaban preguntando dónde iría a

parar Maloney.

—Usted, Broderick, odiaba a Conway porque él salió una temporada con su hermana. No sé si la haría el amor o no. Un día, creo que fuese así, la llevó a un baile... y la dejó plantada para irse con otra.

—Sí, señor.

—Y como él era un cínico, un engreído, ni usted ni su hermana le aceptaron las explicaciones que quiso ofrecerles. Se negaron a oírle. No quisieron enterarse de que en aquella ocasión, Terry Conway llevaba entre manos un servicio importante y que la mujer que encontró en el baile fue la solución de aquel asunto.

—Ignoraba ese detalle, señor —dijo Elmer Broderick.

—A usted, Ames —continuó Maloney, dando por concluida su explicación con Broderick— le dejó esperando en Chicago mientras él seguía la pista de dos criminales a los que detuvo más tarde en Detroit. Uno de ellos era un antiguo condiscípulo de usted. Conway lo supo. Si le hubiera acompañado en la persecución, el criminal podría haberle reconocido.

—Pudo avisarme, creo yo.

—No, no pudo. Estaban ustedes citados en la calle, donde no había ningún teléfono a mano. Después se repitió lo de Broderick. Un hombre que quiere dar explicaciones y otro que no desea escucharlas.

Se volvió inmediatamente hacia Andy Fergusson. Éste se removió inquieto en su asiento.

—¿Hay también en mi caso una explicación? —preguntó, como si quisiera salir al paso de no sabía qué.

—Desde luego que la hay, Fergusson. Aquella muchacha, Myriam, le había engañado a usted lindamente. Siento hablarle de este modo, pero es así. Yo mismo pude comprobarlo. Iban a tenderle a usted una trampa de la que no saldría con vida. Conway, en cambio, la engañó a ella y la hizo hablar. Tomó el diálogo en cinta magnetofónica... y usted ya sabe lo demás.

—Comprendo.

—Ahora le toca a usted, Jack. Lo suyo es mucho más sencillo y humano. ¿Recuerda de dónde venía Terry cuando llegó a Washington y yo le encomendé un servicio que le había encargado a usted primero?

—Creo que de Boston.

—Así era. Y su familia de usted vive en Boston, ¿no?

—En Boston, sí.

—Bien. Terry Conway había visto a su madre de usted, Jack, la cual le había dicho que iba a venir a verlo a usted uno de aquellos días. Le rogó que no le dijera nada, pues deseaba darle una sorpresa.

Jack Lovelace encendió un cigarrillo. Sintióse extrañamente incómodo y desasosegado.

—Empiezo a comprender, inspector.

—Terry supo que iba usted a salir para Oriente. Habló conmigo y me expuso lo que había. Yo acepté su sugerencia de enviarle en su lugar. Si hubieran sabido comprenderle un poco mejor, muchas cosas desagradables pudieran haberse evitado entre ustedes cinco.

Como los cuatro agentes especiales inclinaron la cabeza, Maloney suspiró:

—En fin... Eso es todo, muchachos. Quería explicarles esto para que no sigan siendo injustos con un muerto. A Conway le gustaba que las mujeres guardasen siempre un buen recuerdo de él. También le agraderá saber que los hombres no le recuerdan con rencor.

—Permítame, jefe, que le haga una pregunta —intervino Fergusson de pronto—. ¿Cómo está usted enterado de todo eso?

—En cierta ocasión llamé al orden a Conway. El se explayó conmigo, pero haciéndome prometerle previamente que le guardaría el secreto. Se lo he guardado hasta hoy. Ahora no me considero obligado a callar.

—No hemos quedado muy bien —opinó Broderick.

—No, desde luego —dijeron los otros.

—Olvídenlo, muchachos. Todo ha pasado ya. El FBI es así. Unos mueren y otros continúan. El último servicio de Terry Conway ha sido enorme. Y el precio también. Pueden retirarse, hijos...

Salieron los cuatro del despacho. Ya en la calle se miraron unos a otros. Broderick echó a andar de pronto, sin ni siquiera despedirse.

—Era un gran tipo —manifestó Fergusson refiriéndose a Conway—. Adiós, chicos.

Jack Lovelace se colocó cuidadosamente el sombrero, se puso los

guantes y preguntó:

—¿A dónde vas, Greg?

—A Delaware City. He de ver a una muchacha.

—¿Tomamos algo primero? Yo te acompañaré, si me lo permites.

Entraron en un bar. Jack Lovelace pidió al camarero una botella de champán. Cuando la hubo descorchado, llenó dos copas hasta los bordes y entregó una a su compañero.

—Quiero proponerte un brindis, Greg.

—Yo también, Jackie.

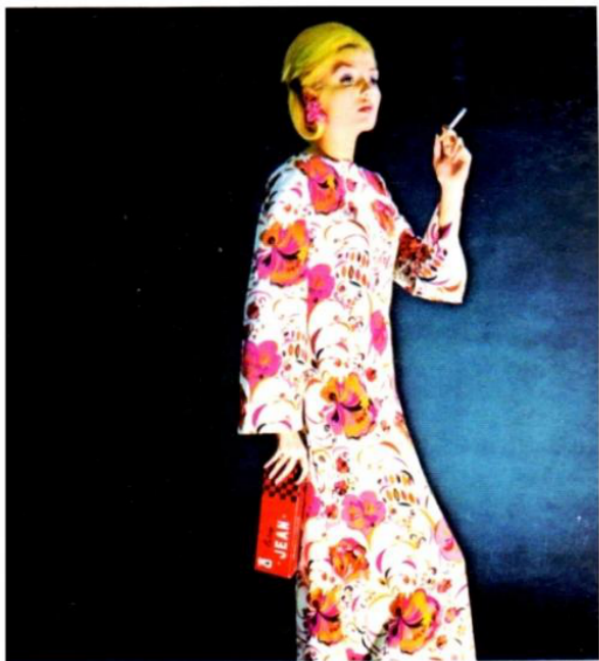
Levantaron las copas.

—Por los muertos —dijo Lovelace. Y el otro repitió:

—Por los muertos.

Bebieron lentamente. Después, Lovelace cogió la botella y las copas y las estrelló contra el suelo. Dejó un billete sobre el mostrador y se marcharon. En los ojos de ambos agentes podía percibirse una cierta humedad sospechosa...

FIN



R EDITORIAL ROLLAN, S.A.
PINTO (MADRID)

DISTRIBUIDOR NACIONAL:

ORGANIZACION DISTRIBUIDORA IBERICA, S.A.
EDIFICIO ESPAÑA - MADRID

Concesionarios exclusivos en America: **EDITORIAL AMERICA, S. A.**
2180 S.W. 12 Avenue • MIAMI, FLA. 33129 - USA

10
PTAS.

